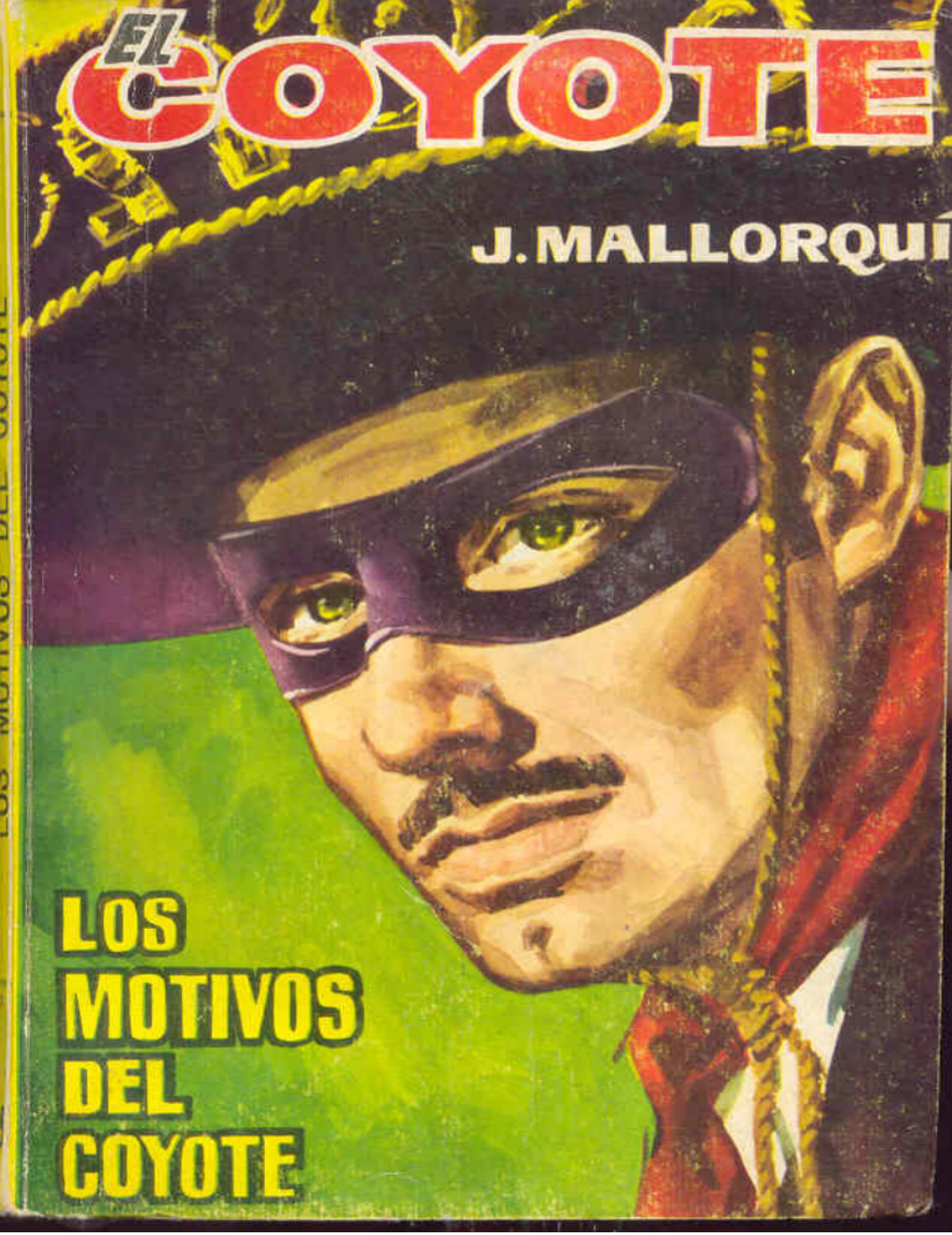
# EL COYOTE

J. MALLORQUÍ



# LOS MOTIVOS DEL COYOTE

LOS MOTIVOS DEL COYOTE

# LOS MOTIVOS DEL COYOTE

**Por José Mallorqui**

## CAPITULO PRIMERO

## LA LEY EN TRES PICOS

Isaías Jardine había disimulado bien su disgusto. Gaylord Trytell, que tan acostumbrado estaba a descubrir los ocultos pensamientos de los hombres ante la mesa de juego, no fue capaz de adivinar que su visita no era grata al antiguo viajero del «Robert E. Lee». Jardine y su mujer fueron muy corteses, muy amables y se desvivieron tanto por él como lo hacían por Maxine Lader.

Esta, a pesar de las órdenes del médico, de que no hablara con nadie y no se excitase, recibió permiso para pasar una hora con el hombre que la amaba tanto, que hasta llegó a renunciar por ella al juego, que era su mejor oficio.

—¡Qué distinto estás! —le había dicho Maxine—. Pareces otro.

Gaylord, vestido con una chaqueta y pantalones de pana, calzado con botas altas y usando sombrero tejano en vez de sombrero de copa, como hasta entonces, era muy distinto del atildado jugador del Mississipí que Maxine conociera. Su rostro, curtido por el sol reverberando en los glaciares de la sierra, le daba un aspecto más duro que antes.

También Maxine había cambiado mucho desde que Gaylord la viera por última vez, cuando se despidió de ella en Cairo.

—El doctor dice que puedo curarme si paso un año o dos en este sitio—explicó la joven. Y paseando la mirada por los pastos de altura, cuyo fresco verdor contrastaba con el más oscuro de los bosques de abetos que los limitaban, explicó—: Estos bosques parecen batallones formados para rechazar el ataque de la civilización. —Luego señaló la cumbre, cuyas frondosas laderas terminaban en un cono de eternas nieves—. ¡Qué puro y limpio es esto! No se parece en nada a Nueva Orleans.

—Tienes muy buen aspecto —había dicho Gaylord—. Pareces una hada de las selvas escandinavas. Maxine estrechó la mano que él tenía apoyada en el brazo del sillón-mecedora.

—Cuando vuelvas, tráeme muchos libros —pidió—. Y, si puede ser, alguno que hable de las hadas de Escandinavia. Estoy terminando la biblioteca de los Jardine. Son muy buenos conmigo. Tenían una hija y murió. Por eso me quisieron ayudar.

—¿Por qué no bajamos al pueblo y nos casamos? —preguntó Trytell—. Allí no saben de tu viudedad, y aunque lo supieran, no creo que le diesen ninguna importancia.

—Es mejor que no. Tú ya sabes que mi deseo es unirme a ti. Pero si hay una esperanza de curación, prefiero que nos casemos cuando yo pueda ser tu esposa y hacerte feliz. Ahora no podría.

—Yo sabría esperar el tiempo que fuese necesario. Además, no necesitas vivir de la caridad de nadie. Eres rica. Don César de Echagüe ha colocado tu dinero en acciones de ferrocarriles y de barcos. Con las rentas podrías vivir independiente.

—Ellos también me necesitan... —respondió Maxine, moviendo la cabeza hacia la casa—. No puedo sacrificarlos a mi egoísmo.

—¿Prefieres sacrificarte al suyo?

—Ellos no son egoístas.

Trytell no replicó. No le eran simpáticos los Jardine; mas era lo bastante honrado para admitir que la causa de su antipatía se basaba, tal vez, en el hecho de que los dueños de la casa retenían a Maxine lejos de él.

Si les hubiera oído hablar mientras él acompañaba a Maxine por el prado, hacia el bosque, sus sentimientos hacia los Jardine se hubieran basado en algo más que una simple impresión.

—Ese hombre puede estropearlo todo —decía el señor Jardine.

—¡No quiero que estropee nada! —respondió, apasionadamente, su mujer—. Tiene demasiada importancia para nosotros.

Estaban junto a la cuadra, observando, sin ser vistos, a la joven y a Gaylord Trytell.

—El caballo es una buena solución —dijo el señor Jardine—. Como al venir no ha pasado por Tres Picos, nadie hará caso de sus protestas.

—Pero... Le matarán.

—Desde luego. Y la chica no tiene por que enterarse.

La señora Jardine vaciló. Al fin y al cabo, era mujer y odiaba las violencias.

—¿Cómo justificaremos el que no vuelva por aquí? —preguntó.

—No te será difícil. Ella está enferma, ¿no?

—Si no lo estuviese no la habría elegido para el destino que le aguarda —contestó la señora Jardine—. Pero no veo qué tiene que ver su enfermedad con la justificación de la ausencia de ese hombre.

—Muy sencillo: Asco. Repugnancia. Aprensión. Tiene muchos nombres. Un novio puede sentir todo eso por su novia, si ésta se halla enferma. Tú se lo sabrás explicar.

La señora Jardine movió, dudosa, la cabeza.

—No sé hasta qué punto dará resultado eso —dijo—. Ella debe de saber si Trytell siente o no asco, porque si ella no le ha ocultado su enfermedad...

—¿Qué?

—Pues que Trytell ha tenido tiempo de más para sentir asco. Si vino conociendo el estado de la chica, es que no tiene repugnancia hacia ella.

—Está bien —gruñó el señor Jardine—. No vale la pena discutir acerca de eso. Lo más probable es, que la misma chica se dé una explicación y no tengamos que molestarnos en buscarla.

—¿Y si fallase?

—Pues probaríamos de nuevo. Esta vez con medios más seguros. Tenemos tiempo antes de que Rodríguez dé con nuestra pista.

La señora Jardine inclinó la cabeza, musitando:

—Nos portamos muy mal con él. Su marido le dirigió una burlona mirada de fingido asombro.

—¿Ahora me sales con eso? Hace veinte años opinabas de distinta manera. Yo hablaba de jugar limpio y tú, en cambio, insististe en ser implacable.

—Creí que le ahorcarían y que sólo tendría que temer a mi conciencia.

—Hay quien dice que es más de temer una sucia conciencia que un mal enemigo; pero, a nosotros, nos asusta más un hombre armado con un «Colt» de seis tiros que una conciencia clamando contra nuestro comportamiento. No te preocupes más. Clegg Wyat nos ayudará, y Bruce Coburn también. Esta vez Manuel del Socorro Rodríguez no escapará a la horca. No se puede secuestrar a una jovencita sin exponerse a graves riesgos.

El matrimonio quedó un rato en silencio. Cada uno de los dos pensaba en su pasado y, a pesar de que ambos recordaban lo mismo, había una gran diferencia entre los pensamientos de Martha Jardine y los de su marido.

—¡Hace veinte años yo tenia veintiséis! —musitó la señora Jardine.

—Y eras la mujer más linda de los campos mineros de California —dijo el señor Jardine—. Eras un dulce bocado de miel en torno al cual volaba un enjambre de zánganos. Muchas veces pensé que no te conseguiría.

—Yo también lo creí en varias ocasiones; pero, al fin, triunfó tu constancia.

Martha Jardine no podía ocultar el malestar que le producía la conversación.

—¡Si supieras las cosas que llegué a sospechar! —rió Isaías Jardine.

—Prefiero no saberlas. A estas alturas resulta difícil comprendernos a nosotros mismos, a lo que fuimos hace veinte años. Nuestros actos de entonces nos parecen propios de unos estúpidos. Pero... no hablemos más. Ya vuelven.

Trytell y Maxine regresaban de su breve paseo. El señor Jardine fue hacia ellos, reprendiendo cariñosamente a la joven:

—No debes extralimitarte —dijo—. Hoy has abusado del paseo. Recuerda lo que dijo el doctor. Cumpliendo sus instrucciones te curarás pronto; pero un exceso, aunque sólo dure cinco minutos,

puede significar un retraso de cinco meses en tu curación.

—Vendré pocas veces —dijo Trytell—. Quiero situarme bien para poder ofrecer a Maxine todas las comodidades que merece.

—¿A qué clase de negocio piensa dedicarse? —preguntó la señora Jardine.

—No sé. Por todas partes se ven amplias posibilidades. Maderas, minas, cría de caballos de raza. Cualquier cosa que nos permita vivir en las sierras.

—¿Entiende usted de caballos? —preguntó el señor Jardine.

—Mucho —sonrió Trytell—. Durante la guerra mandé un escuadrón de caballería. No me engañarán cuando se trate de comprar caballos.

—Hoy he comprado un caballo bastante bueno —replicó el señor Jardine—; pero me parece que no podré conservarlo. Buck Nelson, mi capataz, lo trajo esta mañana y dice que ya se ha peleado con varios caballos. ¿Quiere examinarlo?

—Otro día —respondió Gaylord—. Es bastante tarde y no quiero que me sorprenda la noche antes de llegar a Tres Picos. El señor Jardine tendió la mano a Trytell. —Buen viaje —deseó—. Y no tarde en visitarnos de nuevo.

La señora Jardine también deseó un feliz viaje a Trytell y retiróse con su marido.

Gaylord y Maxine entraron en la cuadra. El primero recogió su silla de montar; pero al ir a colocarla encima de su caballo, notó que el animal se estremecía, conmovido por un convulsivo temblor.

—¡Está enfermo! —exclamó.

—¿Qué le ocurre? —preguntó Maxine.

—No sé. Ha tomado algo que no le sentó bien. Estos animales son tan delicados... ¿Dónde está el capataz?

Trytell salió en busca de Buck Nelson y lo encontró conversando con los Jardine. Isaías preguntó, al ver avanzar a Trytell:

—¿Desea decirnos algo, señor Trytell?

—Mi caballo se ha puesto enfermo—explicó Gaylord—. No me explico qué ha podido ocurrirle.

Buck Nelson sonrió, mostrando su mellada dentadura. Era un hombre joven: de poco más de treinta años, y en sus facciones se veían los claros estigmas del cretinismo más absoluto.

—Hay hierbas malas en estos prados —dijo, riendo—. Los caballos las comen y se mueren.

—No todos —dijo Isaías Jardine—. Tratándolos a tiempo se les puede curar. Yo también entiendo algo. Vamos.

Dirigióse a la cuadra y examinó el caballo de Trytell. Movió varias veces la cabeza, diciendo, por fin:

—Siempre me duele tener que matar a un caballo; pero, en este caso, no hay más remedio que hacerlo... Este animal no podrá dar ni un paso más y, por otra parte, estamos expuestos a que contagie a los demás caballos y a nosotros mismos.

—Es muermo, ¿no? —preguntó Trytell.

—Sí. Y en estos lugares ningún veterinario podría curarlo. Hay que matar al caballo y quemarlo. Yo no me atrevo a dejarlo por aquí. Y en cuanto a llevarlo a otro sitio... —Separó, las manos significativamente —. ¡Imposible! Está, por lo menos, a cuarenta y dos grados de fiebre. No resistiría el viaje y, además, en cuanto alguien viera que llevaba usted un caballo atacado de muermo, dispararía sobre él. Es muy raro que se haya contagiado.

—Algunas hierbas producen trastornos parecidos a los que sufre el caballo atacado de muermo—dijo Trytell.

El señor Jardine movió negativamente la cabeza.

—Usted quisiera salvar la vida de su caballo; pero no puede ser. Los síntomas son inconfundibles. Se están formando los chancros... En fin, ¿para qué explicarle lo que usted conoce tan bien como yo?

—Es verdad —suspiró el jugador—. Me duele tener que matar a este caballo; pero, además, me fastidia el tener que viajar a pie hasta el pueblo.

—¿Por qué ha de ir a pie, teniendo yo caballos que ofrecerle? —protestó el señor Jardine—. Llévese uno de mis caballos y guárdelo

como obsequio mío.

—¡Eso no! —protestó Trytell—. Lo usaré hasta llegar a Tres Picos. Allí podré comprar otro y haré que le devuelvan el suyo. ¡Insisto en ello!

El señor Jardine hizo un gesto de resignación.

—Como usted quiera. Buck se encargará de matar al caballo. ¿O prefiere usted...?

—No, no. Prefiero que lo haga él.

Buck Nelson se llevó el caballo. Maxine hizo intención de acariciarlo, pero Trytell la contuvo.

—No lo toques. Podrías contagiarte.

Inclinóse para recoger la silla de montar, mientras el señor Jardine iba en busca de uno de sus caballos. Al pensar en el posible contagio a que podían dar lugar la manta y la silla de su caballo, dijo:

—Tendrá que dejarme, también, una silla de montar, señor Jardine. Quédese con la mía. Dejándola al sol unos días desaparecerá el peligro de contagio. Es una buena silla.

—Aunque fuese mala daría lo mismo. Tome ésta. —Jardine señaló una silla de montar colgada de la pared de la cuadra—. En parte, casi ha sido providencial que necesitara usted un caballo. Le daré el que trajo Nelson. A ver si se calma un poco.

Trytell acarició el caballo que le ofrecía Jardine. Era un buen ejemplar. Estaba nervioso o asustado; pero las caricias de Trytell le calmaron a los pocos momentos.

—Es un buen caballo —dijo.

Lo ensilló y cuando terminaba oyóse fuera un disparo lejano.

—¡Pobre animal! —musitó Maxine.

—Ya no sufrirá más —dijo Trytell.

Antes de montar dio de nuevo las gracias al señor Jardine, prometiendo:

—Le haré enviar el caballo desde Tres Picos.

Emprendió el descenso hacia el pueblo. Aún quedaban cuatro o cinco horas de luz diurna y Trytell calculaba que antes de dos llegaría al pueblo. El paisaje que se ofrecía a sus ojos y el que atravesaba era de una belleza impresionante. A lo lejos, altas y nevadas cumbres veladas por una dorada neblina. Más cerca, montes bajos cubiertos de árboles centenarios. De trecho en trecho veía elevarse blancas columnas de humo de los campamentos de leñadores o mineros.

El camino que seguía serpenteaba por entre altísimos árboles. Olía a tierra mojada y a musgo. Por numerosos regatos corría el agua de los manantiales. En algunos lugares veíanse canalizaciones formadas con troncos adecuadamente vaciados. Las instalaron años antes los buscadores de oro y, al marcharse, decepcionados, las dejaron como una característica más del paisaje.

Abundaban los animales silvestres, y un cazador hubiera podido satisfacer su afición hasta saciarla.

Tres Picos, el poblado más próximo a la hacienda de los Jardine, era un típico pueblo serrano. Se levantaba al pie de tres altos picachos que le defendían de los vientos del Norte. Componíase, en su totalidad, de casas de madera y cabañas de troncos. Las mejores casas estaban levantadas sobre pilares de piedra; pero la mayoría tenían el piso de tierra o de madera colocada directamente sobre el suelo. La humedad formaba charcos en unas y pudría el entarimado de las otras. Sólo eran cómodas y habitables las levantadas sobre pilares, a cincuenta o sesenta centímetros del suelo. Entre ellas figuraban el «Almacén General» de Clegg Wyatt, la taberna y hotel «Los Altos» y la oficina del *sheriff* Bruce Coburn.

Trytell dirigióse a «Los Altos». Bebería cualquier cosa y tal vez pasara la noche allí a fin de emprender el viaje a primera hora del día siguiente.

Ató el caballo al atadero, frente a la taberna, y entró en ésta. No había en ella nada que la distinguiese de otras mil. Sala amplia, mesas para beber y jugar, sillas, suelo de madera cubierto de serrín, un mostrador de roble, a cuyo pie se veía una barra, también de roble, gastada por el roce de infinitos pies. Detrás del mostrador y en torno a un moteado espejo alineábanse un centenar de botellas, cuyas amarillas etiquetas indicaban una larga permanencia en las estanterías. Como la sed era intensa en aquellas regiones, el hecho de que tantas botellas hubieran tenido tiempo de envejecer en los estantes sólo cabía atribuirlo a que su contenido era agua pura o teñida del color más adecuado, cuando el cristal era transparente. En

realidad, aquella botellería estaba destinada a simple adorno, y, como en aquella tierra eran frecuentes los altercados que terminaban en general rotura de botellas y vasos, el usar aquella apariencia de licores era una precaución muy prudente que ahorraba disgustos a la hora de pagar las roturas.

El resto de la decoración componíase de tres grandes quinqués colgados del techo y, en las paredes, unos cuadros al óleo representando mujeres vestidas con transparentes velos, y unos anuncios, de la casa «Remington y Colt», así como otro, más moderno, en que se presentaba a un hombre de larga cabellera montado en una cosa que más parecía un tigre feroz que un simple caballo, pues no cabía imaginar que uno de estos animales pudiera adoptar la expresión que tenía aquél. El jinete, vestido con un traje de largos flecos, empuñaba un descomunal rifle y por todas las partes visibles de su vestimenta mostraba revólveres, pistolas y puñales. Al pie de esta ilustración se leía con grandes letras rojas y azules:

EXPLORADORES DE LAS PRADERAS

presenta a

BUFFALO BILL

La maravilla del Oeste Salvaje

Hubiera sido curioso conocer la historia de la presencia en aquel rincón de California de un cartel que procedía de cualquier ciudad del Este donde un famoso actor circense presentaba un espectáculo tan lleno de color como de falsedades.

—¿Qué tomará, forastero? —preguntó el tabernero, cogiendo un vasito y limpiándolo con un paño antes de colocarlo frente a Trytell.

—¿Sabe preparar un «gin-fizz»? —preguntó el jugador.

—Sí, pero cada limón le costará dos dólares. Vienen de muy lejos. Aquí sólo los empleamos como medicina.

—Y deben de saber a medicina, ¿no? —sonrió Trytell.

—Más que a otra cosa —respondió el tabernero.

—Entonces, ¿qué me recomienda?

—Puedo prepararle un *whisky* con agua carbónica. Tenemos ginebra, ron y cerveza.

—Baberemos lo que usted prefiera.

—¿Quiénes beberán? —preguntó el tabernero.

—Usted y yo. No me gusta beber solo.

El tabernero examinó a su cliente. Una sonrisa aleteó por sus ojos.

—No se ofenda, forastero —dijo—. Pero... me gustaría ver si tiene usted cinco dólares.

Trytell dejó sobre el mostrador una moneda de oro.

—¿Le gustan? —preguntó.

—Parecen buenos —respondió el otro.

Inclinándose sacó de debajo del mostrador una botella del más barato *whisky* de Boston.

—Es lo que yo bebo —explicó.

Trytell calculó mentalmente cómo sería el *whisky* corriente que se servía en aquel lugar si el mejor era aquél. Bebió de un trago la pócima y sonrió al fijarse en la expresión de complacencia del tabernero, paladeando aquel mal licor.

Aunque oyó pasos a su espalda, procedentes de la calle, no se volvió ni levantó la vista hacia el espejo para enterarse de quien llegaba.

—Buenas tardes, señor Wyatt —saludó el tabernero, guardando los cinco dólares—. ¿Lo de siempre?

El que llegaba no contestó a la pregunta. Tenía cosas más importantes que hacer.

— ¡Cuidado con lo que hace, forastero! —dijo.

Trytell iba a volverse; pero el cañón de un revólver le empujó contra el mostrador. Clegg Wyatt parecía dispuesto a usar su revólver como un puñal y atravesar con él el cuerpo del forastero.

—¿Qué le ocurre? —preguntó serenamente, levantando las manos —. ¿Es costumbre del pueblo recibir así a la gente?

Miró hacia el espejo y tropezó con la mirada del que estaba detrás. Era un hombre de expresión dura, aunque no antipático. Alto y fuerte, vestía una chaqueta de lana gris y verde. Se cubría con un sombrero ancho y llevaba al cuello una cinta de seda a modo de lazo.

—¿Es suyo el caballo que está fuera? —preguntó.

—No es mío —contestó Trytell. Y en seguida agregó—: Pero vine montado en él.

—¿Dónde lo encontró?

—Me molesta contestar a las preguntas, cuando se me hacen acompañadas de un revólver. Guarde la artillería y hablaremos cuanto usted quiera.

—Ya ha hablado de más, forastero —contestó Wyatt—. Ha reconocido que vino montado en mí caballo.

—Un momento. Yo no he dicho que viniese montado en su caballo.

—Parece un caballero, señor Wyatt —dijo el dueño de la taberna—. No tiene aspecto de ladrón de caballos.

—Cierra el pico —ordenó Wyatt—. Si a los cuatreros se les conociera por su aspecto, ya no quedaría ninguno.

—Óigame, señor Wyatt —insistió Trytell, cuya inquietud aumentaba por momentos—. En todo esto hay un error... .

—Ya lo sé —interrumpió Clegg Wyatt—. El suyo.

—No es eso. Puede que el caballo sea suyo y que yo no lo haya robado. La verdad es que me lo prestaron y usted puede comprobarlo fácilmente...

—¡Qué casualidad! —rió Wyatt—. Esta mañana me roban mi caballo y me obligan a volver a pie al pueblo. Por el camino encuentro a un amigo que me deja montar a la grupa de su caballo y gracias a eso llego a Tres Picos tres horas antes de lo que usted calculó. Si llego a hacer todo el viaje a pie no le habría encontrado.

Varios hombres habían entrado en la taberna en pos de Wyatt. Trytell los veía por medio del espejo. Dos de ellos jugaban con sus

lazos, lo cual no le produjo ninguna alegría, ciertamente.

—No pierda el tiempo hablando, señor Wyatt —dijo uno de los que estaban jugando a laceros.

—No quiero ahorcar a ningún inocente —replicó Wyatt—. Abrid la puerta y que vea el caballo.

Dos hombres abrieron las batientes medias puertas de la taberna. El caballo en que Trytell había llegado a Tres Picos era el único sujeto al atadero.

—Vuélvase —ordenó Wyatt—. ¿Llegó usted en ese caballo?

El cerebro del jugador funcionó a toda velocidad. El inoportuno contagio del muermo. El no haber podido usar su propia silla. La destrucción del cuerpo de su caballo... ¿Era todo una inexplicable pero gravísima celada en la cual él había caído como un tonto?

—¡Responda! —ordenó, Wyatt.

—Todo hombre debe ser oído por el tribunal antes de que se le condene, ¿no? Tengo derecho a presentar pruebas que demuestren mi inocencia...

—Los cuatreros no tienen ningún derecho —interrumpió Wyatt—. Dígame si ese es el caballo en que llegó usted al pueblo.

—No quiero hablar.

Tres de los presentes intervinieron atropelladamente en la cuestión:

—Montaba en él, señor Wyatt —dijeron.

Cada uno de los tres lo había visto y, además, reconoció el inconfundible caballo de Clegg Wyatt.

Los de las cuerdas se acercaron y Trytell tuvo la impresión de que ya le estaban ahorcando.

—Insisto en mi derecho a ser oído —dijo—. Yo lo explicaré, todo. Si miento y no se demuestra que todo es un error, tendrán tiempo de ahorcarme mañana por la mañana.

—Aquí ahorcamos a cualquier hora —contestó uno.

Los demás comenzaron a gritar que debía ahorcársele en seguida,

como era costumbre hacer con todo cuatrero cogido con las manos en la masa.

Trytell sudaba de angustia. Por más que su fértil ingenio buscaba una solución no daba con ella.

—Mi caballo murió de muermo —dijo, pretendiendo dominar con su nerviosa voz el tumulto—. Fui a visitar a los Jardine, en la sierra. Y ellos me prestaron ese otro caballo para que lo devolviera desde aquí, en cuanto yo hubiera comprado otro. Tengo dinero para comprar veinte caballos. ¡Compruébenlo! Y si no me creen, quédense con lo que valga ese animal y asunto concluido.

Una forzada pero general carcajada acogió las palabras de Trytell. Clegg Wyatt era el que reía más fuerte y naturalmente.

—Es usted fantástico —dijo a Trytell—. ¿Cree que ofreciendo ahora dinero por el caballo que me robó nos va a convencer de su inocencia? Aún no he sabido de nadie que prefiriese su oro a su piel. Pierde el tiempo si piensa que así nos va a engañar.

—Hablen con los Jardine —insistió Trytell—. Ellos les dirán la verdad. No soy ningún cuatrero.

Un joven con aspecto de ingeniero o, por lo menos, de ser algo más civilizado que los demás, acercóse a Clegg Wyatt y le habló en voz baja. Wyatt asintió un par de veces con la cabeza y por fin, levantando las manos para imponer algo de silencio, anunció:

—El señor Fennel me acaba de anunciar algo que puede resolver el problema que nos plantea este hombre —y señaló a Trytell—. Entre ahorcar a un inocente o dejar en libertad a un cuatrero, opino que es mejor ahorcar al inocente.

Una clamorosa aprobación coreó estas salvajes palabras. Wyatt siguió:

—Pero si podemos convencernos de la inocencia de un acusado, sería un crimen no hacerlo y ahorcarle basándonos en simples sospechas. Ross Fennel dice que ha visto en el almacén a Buck Nelson, el capataz de los Jardine. El le conoce, porque ha hecho algunas investigaciones cerca de la casa de los Jardine. Que unos cuantos vayan a interrogar a Nelson y se enteren de si es verdad la historia que nos cuenta ese hombre.

Trytell sintió un momentáneo alivio y esperanza. Si Buck Nelson

decía la verdad, y no había razón para que dijese otra cosa... Un brusco temor le hizo truncar sus reflexiones. ¿No existiría otra razón? ¿Y si Nelson había robado el caballo? No era imposible que en vez de comprarlo, como había dicho a sus amos, lo hubiese robado, en cuyo caso su declaración no beneficiaría en nada a Trytell.

—¿Por qué no resolvemos esto pagándole yo el caballo o los perjuicios que le haya podido ocasionar? —preguntó el jugador a Wyatt.

Este le miró despectivo.

—No sabe usted en qué país vive y sospecho que no le vamos a dar tiempo suficiente para averiguarlo. Aquí se pueden encontrar cien justificaciones acerca de la muerte de un hombre a manos de otro. Pero ninguna razón justificará el robo de un caballo. Se puede matar a un hombre por muchas razones y no ser un asesino; pero el que roba un caballo es siempre un ladrón. Pida a Dios que Buck confirme sus palabras. De lo contrario...

Wyatt terminó su frase con un gráfico ademán hacia la garganta.

¡Era la salvaje ley del Oeste! ¡Y Tres Picos estaba en el Oeste!

## CAPITULO II

## PRUEBAS ACUSADORAS

Buck Nelson había estado comiendo galletas del gran barril que señalaba el centro del almacén. Eran galletas de la peor calidad; pero estaban a la gratuita disposición de quienquiera que entrase en el almacén, y nadie protestaba. Cuando llegaron los emisarios de Wyatt, Ruck Nelson dejó de comer galletas y empezó a limpiarse los dientes con un sucio palillo.

Ross Fennel, irritado por la poca atención que Nelson parecía prestar al asunto, le increpó:

—Debe darse cuenta de que la vida de un hombre depende de lo que usted diga, señor Nelson.

Este sacó el palillo coronado de una pequeña masa de galleta, hizo

chasquear la lengua y gruñó:

—Ya me doy cuenta, amigo. Siga diciendo.

Chupó el palillo, siguió hurgándose los dientes y muelas y fingió prestar alguna mayor atención a lo que decían. Cuando los otros callaron, Nelson escupió hacia la apagada estufa de hierro, guardó él palillo en el bolsillo de la camisa y con voz pausada preguntó:

—¿Dice ese hombre que estuvo en nuestra casa y que le dimos un caballo?

—Sí —contestó Fennel—. ¿No lo ha entendido?

—Sí. Eso me pareció entender. Y me extrañó mucho, porque no es verdad.

—Vaya con cuidado, Nelson —advirtió Fennel—. Haga memoria y díganos si ha visto a algún forastero en casa de sus amos. Puede que usted no sepa si los Jardine le dieron o no el caballo.

—Nadie estuvo hoy en casa de mis amos —insistió, con pausada voz, Nelson—. No vi a nadie y estuve allí hasta hace poco más de una hora. Entonces me acordé de que me faltaba petróleo para las lámparas y bajé a buscar una lata de diez litros. Pero si usted, ingeniero, tiene interés en salvar la piel de ese hombre, dígalo y diré que le vi. Yo siempre soy amigo de hacer favores.

Los acompañantes de Fennel comenzaron a protestar, como si las palabras de Nelson les hubieran abierto los ojos sobre la posibilidad de que Fennel tratase de favorecer al detenido.

—Yo sólo quiero que se haga justicia —defendióse Ross Fennel—. Trytell me parece inocente o, por lo menos, incapaz de robar un caballo. Pero si Nelson confiesa que no le ha visto, admitiré que no ha estado en casa de los Jardine, y que, por lo tanto, no es verdad eso de que ellos le dieron el caballo del señor Wyatt.

—¡Vamos a dar la buena noticia! —gritaron los demás.

Nelson alargó la mano hacia el barril de las galletas, como si diera por terminado el asunto; pero Ross Fennel pensaba de otra manera.

—Un momento —dijo, agarrando del brazo a Nelson—. Tiene que acompañarnos a «Los Altos».

Una ráfaga de miedo cruzó por el rostro del capataz. De un tirón probó, en vano, de librarse de Fennel; pero éste no se dejó sorprender e insistió:

—Irá con nosotros a repetir, delante del acusado, que usted no le ha visto en casa de los Jardine.

—No me fastidie. He de volver a casa, pues necesitan el petróleo para las lámparas.

—Tiene tiempo sobrado para llegar oportunamente —replicó Fennel—. Acompáñenos.

Los demás no vieron con agrado el esfuerzo del ingeniero por salvar de la horca a un cuatrero. Entre otros motivos, porque les podía privar de un agradable espectáculo.

—No sea tozudo —dijo uno—. Si Nelson lo hubiera visto, no tendría por qué decir que no le conocía.

—Claro que no —dijo otro.

—Alguien robó el caballo del señor Wyatt —replicó Ross—. ¿Quién nos dice que el ladrón no fue Buck? En ese caso, se podría ahorcar al verdadero culpable.

— ¡Oiga! —protestó Nelson—. Yo no he robado nunca ningún caballo. Mida sus palabras, si no quiere tener que arrepentirse. No se puede insultar a un hombre...

—Venga con nosotros, declare delante de todos, incluso del acusado, y luego vuelva a su casa, llevándose mis excusas; pero como insista en quedarse aquí, demostrando que le da miedo enfrentarse con el hombre a quien sus palabras condenan a muerte, le juro que le obligaré a usar el revólver que lleva al cinto. ¡Decídase pronto!

—Está bien, iré con ustedes —accedió, de mala gana, Nelson—. No veo qué más necesitan.

Yo me adelantaré —dijo Fennel a los demás.

Corrió hacia la taberna y sin contestar a las preguntas que le hacían, relativas a lo que había contestado Nelson, pidió a Wyatt:

—Antes de decidir algo irremediable, hagamos una última prueba.

—No sea tonto, Fennel —se impacientó Wyatt—. Si Nelson dice

que ese hombre miente, no necesitamos hacer más averiguaciones.

—Hagamos una más. Sólo una. A ese hombre nadie le ha visto hasta hoy, ¿verdad?

—Eso parece...

—Pues si nadie le conoce y es forastero, no puede conocer a Nelson, a menos que haya estado en la finca de los Jardine. Si le conoce, es que se han visto antes.

Clegg Wyatt acaricióse el abundante bigote.

—No sé... —murmuró—. Quizá fuera una solu...

—Hay que darse prisa —dijo Fennel.

—Pues...

Ya era demasiado tarde. Buck Nelson había entrado entre los que fueron a buscarle y varias voces preguntaron:

—¡Eh, Buck! ¿Le conoces?

—¡Ya dije que no! —contestó Nelson.

Ross Fennel cerró los puños. Clegg Wyatt le dio unas palmadas en la espalda.

—No se preocupe más —dijo—. Ahora ya no podemos hacer ninguna prueba. Ese Trytell ya le ha visto.

—Yo sigo opinando que es inocente, señor Wyatt.

Este no le respondió. Yendo hacia Buck Nelson, preguntó, señalando a Trytell, a quien ahora sujetaban cuatro hombres:

—¿Estás seguro de no haberle visto antes de ahora, Buck?

Seguro del todo, señor Wyatt, y si no me necesitan volveré...

—¡Mentira! —gritó Trytell—. ¡Di la verdad! Di que mataste a mi caballo para que no contagiara de muermo a los otros...

—Está loco —refunfuñó Nelson, desviando la mirada—. No me gusta enredarme en estas cuestiones y, mucho menos, que por mi declaración maten a un hombre, aunque sea un cuatrero.

Trytell comenzó a sentirse cogido en un peligroso lazo. Conocía las costumbres de aquella región donde se puede perdonar a un asesino; pero nunca se perdona a un ladrón de caballos o vacas. La ley de la cuerda se impone rápida e implacablemente y los hombres, endurecidos por el clima y las dificultades de la vida, están inmunizados contra la compasión.

—Está bien —dijo—. La declaración de ese hombre me condena, porque en mis jueces hay más deseo de venganza que de justicia. Sin embargo, quiero advertiros a todos una cosa...

Gritos y amenazas ahogaron su voz; pero sólo momentáneamente, haciendo un esfuerzo, Trytell dominó el griterío, exigiendo:

—Tengo derecho a hablar antes de morir. Ya no quiero defenderme con súplicas. ¡Oídme!

Impresionados por la energía de Trytell, o impulsados por la curiosidad, los hombres callaron.

—Hable —dijo Wyatt.

—Suéltenme —pidió Trytell a los que le sujetaban—. No puedo huir.

—Soltadle —ordenó Wyatt.

Trytell movió les brazos para desentumecerlos. Luego, mirando a Nelson, que seguía evitando sus ojos, empezó, señalándole:

—Tú sabes, tan bien como yo, que estás mintiendo.

—¡Yo no...!

—¡Cállate! Tanto da. Ya está dictada la sentencia y hay verdugos de sobra. Pero no te imagines que te vas a escapar de mi venganza. Ni tú ni ninguno de los que están colaborando en el crimen que se va a cometer. Ignoro tus motivos, y si en ellos tiene algo que ver el señor Jardine. Pero ten la seguridad de que alguien me vengará de ti y de todos.

Hubo algunas sonrisas burlonas que no pasaron inadvertidas para Trytell.

—Os equivocáis —siguió, dirigiéndose a todos—. No será Dios quien os fulmine con uno de sus rayos. Creo que la mayoría de

vosotros no os distinguís por vuestra religiosidad. Pero eso es asunto de vuestras conciencias. El vengador en quien confío es humano, aunque muy pocos han visto su cara. Se llama el «Coyote». Podéis matarme. Pero él es mi amigo y me vengará.

—¡Tonterías! —dijo alguien, no muy convencido—. ¡Colguémosle!

—¡Sí, sí, sí! —gritaron muchos.

De nuevo pidió Trytell silencio.

—Un momentito más —dijo.

—Quiere ganar tiempo y hacer que llegue el «Coyote» —dijo uno.

—Sé que no puede llegar, porque está demasiado lejos —replicó Trytell—. Pero llevo bastante dinero encima. ¿Qué se hace con el dinero de los ahorcados? Supongo que nadie se atreverá a exponerse a la mala suerte que da quitarle el dinero a un condenado a muerte.

—Disponga de él como quiera —dijo Wyatt—. Nadie lo necesita.

—Gracias —sonrió Trytell—. Amigo Nelson, le voy a pedir un favor. Sé que no puede negármelo. ¿Querrá dar este dinero a la señorita Lader?

—Desde luego. Se lo daré —prometió Nelson.

—¿Quién es la señorita Lader? —preguntó Ross Fennel, comprendiendo que Trytell había tendido una buena trampa a Nelson.

—Es... —empezó Buck. En seguida se contuvo, como temiendo haber dicho demasiado.

—¿Quién es? —preguntó Wyatt a Trytell.

—Es la demostración de que estuve en casa de los Jardine. ¿Cómo iba a saber, si no, que está allí la señorita Maxine Lader?

Clegg Wyatt acercóse más a Trytell.

—Forastero, usted trata de salvar su cuello y no le critico por ello; pero estamos perdiendo un tiempo precioso. Ha mencionado usted a una mujer que vive con los Jardine. Dice usted que se llama Maxine Lader, ¿no?

—Ese es su nombre. Y es, también, la demostración...

—No se precipite —cortó Wyatt—. ¿Qué sabe usted de esa mujer?

—Sé lo suficiente para casarme con ella. Soy su prometido. Nos casaremos dentro de un año.

—Entonces la conoce bien, ¿no? Muy bien.

—Claro. Mejor que nadie.

Wyatt sonrió, irónico.

—¿Y dice que se llama Maxine Lader? —preguntó.

—Sí. Ese es su nombre.

—¿Es ese el nombre de la señorita? —preguntó Wyatt a Nelson.

—Prefiero no contestar —dijo el capataz—. Usted ya sabe por qué, señor Wyatt.

Este movió la cabeza afirmativamente.

—Ya sé —dijo. Y a Trytell—: Forastero: usted sabe escribir. ¿Puede escribir en un papel el nombre verdadero de la señorita que está en casa de los Jardine?

—Pero... si ya lo he dicho —replicó, sin fingido asombro, Trytell—. Se llama Maxine Lader. Los Jardine la conocieron en el «Robert E. Lee», en el Mississipí, y dijeron de traerla aquí para que se curase.

—Lo lamento, Trytell —respondió Wyatt, arqueando el pecho—. Si quiere que su dinero vaya a manos de esa señorita, irá; pero no podemos hacer más. De aquí al árbol de que hemos de colgarle tiene tiempo sobrado para rezar o para maldecir. ¡Lleváoslo, muchachos!

—¡Pero...! ¿Qué significa esto? —gritó Trytell—. Parece que nos hemos vuelto locos.

—Usted se volvió loco al robar mi caballo. Que Dios ampare su alma.

Trytell comenzó a ser arrastrado hacia la calle. Ross Fennel, que seguía al lado de Wyatt, insistió:

—Creo que es inocente. Si conoce a esa chica...

—No la conoce —cortó Wyatt—. Si de veras fuese su novio

conocería la verdad. Sabe lo que todos. Lo que cualquiera ha podido contarle. Repugna un poco tanto apego a la vida. ¡Y a qué clase de vida!

—No le entiendo, Wyatt. La actitud de Nelson era de culpabilidad.

—No. Buck también conoce la verdad y no puede decirla. Olvide este asunto, Ross. Usted no está habituado a las costumbres de aquí. Estamos civilizando un país salvaje, y no podemos emplear blanduras. Hay que ser duros.

—Pero aquí ya existía una civilización —protestó Fennel—. Se respetaban las vidas humanas y las leyes. Mi padre visitó California hace cuarenta años y me contaba que reinaba un orden completo. Tal vez seamos nosotros los que necesitamos ser civilizados.

—Tal vez —admitió Wyatt—. Reconozco que no trajimos la paz a California; pero si prefiere la explicación de que es necesario recobrar la paz y la civilización perdídas por nuestra culpa quédese con ella.

—¿Y si luego se entera de que ese pobre hombre era inocente?

—Lo lamentaré; pero no se habrá perdido nada con el ejemplo. La justicia implacable, salvaje e injusta, si usted quiere, impone mucho más que la justicia serena, a la cual siempre se puede burlar con un buen abogado. Vamos a ver la ejecución.

—No me gusta la idea de ver ahorcar a un hombre a quien juzgo inocente.

—Insisto en que me acompañe. Se burlarían de usted si le vieran asustarse de una simple ejecución.

—Sabré demostrar que no soy ningún cobarde.

—Acompáñeme, Fennel. Si tiene que demostrar que no es un cobarde le va a costar mucho trabajo. Tendrá que matar a dos o tres antes de que la gente vuelva a considerarle como ahora. Eso no le gustaría, ¿verdad?

—Ya que tanto se interesa por mí, señor Wyatt, ¿por qué no me hace un favor?

Wyatt sonrió.

—Lo lamento —dijo antes de que el ingeniero expresara cuál era el

favor que deseaba—. Aunque yo perdonase a Trytell, los demás le ahorcarían, porque han salido dispuestos a hacerlo. Nadie podrá detenerlos. Dirían que le tengo miedo a ese «Coyote», o que me he vuelto blando. Ya sabe que tengo grandes intereses en estas tierras. Bosques, minas y demás. Sí yo demostrara alguna debilidád, pronto me quedaría sin nada. Todos se echarían encima de mí para despojarme de mis bienes. Es la ley del fuerte. Vamos.

Wyatt cogió del brazo a Fennel; pero éste se libró con súbita brusquedad.

—¡Déjeme! —gritó—. ¡Es usted un cobarde, Wyatt! Conoce a los hombres y sabe que van a colgar a un inocente. Ya que usted no tiene valor para enfrentarse con esa gentuza, yo lo haré.

Sacando un «Colt» del 44, que llevaba enfundado bajo el sobaco, Fennel se dirigió hacia la puerta de la taberna. En aquel momento sonaron varios disparos fuera.

## CAPITULO III

## UNA ORDEN AL SHERIFF

Bruce Coburn observó de reojo a sus dos comisarios Jesús y Agapito. Eran dos mestizos siempre cansados, indiferentes a cuanto ocurría en torno a ellos ajenos a la vida. El *sheriff* de la región de Tres Picos los había heredado de su antecesor y a veces se preguntaba si Jesús y Agapito se habían dado cuenta de que ya no servían a las órdenes del mismo *sheriff*. También se preguntaba si el uno se había dado cuenta de la existencia del otro.

Sin embargo, Coburn no los hubiera cambiado por otros de aspecto más prometedor. Los dos comisarios cumplían sus órdenes sin protestar, sin asombrarse, sin reflexionar acerca de si eran factibles o no. Eran dos máquinas.

A veces, Coburn se irritaba contra aquella falta de personalidad o humanidad. Le hubiera gustado que Agapito y Jesús expresaran alguna opinión, por descabellada que pareciese. Pero los dos mestizos conservaban su actitud de objetos inanimados. Ellos obedecían; pero no deseaban pensar. Esto, según ellos, correspondía a su jefe.

El *sheriff* lió un cigarrillo, luego ofreció su bolsa de tabaco a los comisarios, quienes la aceptaron, liando a su vez un par de escuálidos pitillos. A ninguno de los dos le gustaba abusar de la generosidad de su jefe.

—Muchas gracias —dijeron a la vez, mientras Agapito devolvía al *sheriff* la bolsa.

—Hoy tendremos linchamiento —comentó Coburn.

Sus comisarios se encogieron ligeramente de hombros y tal vez pensaran que el morir en la horca es el lógico final de una vida desordenada.

—No me gusta eso —siguió el *sheriff*—. La gente no tiene por qué tomarse la justicia por su mano Para esto están los jueces; pero si tratamos de impedirlo, se enfadarán y no volverán a elegirme para este cargo.

Los dos comisarios movieron afirmativamente sus cabezas, cubiertas de negrísima cabellera.

—Aunque no sé hasta qué punto lamentaría dejar de representar a la Ley en un sitio donde nadie sabe lo qué es la Ley.

En esto llamaron a la puerta del amplio y destartalado despacho del sherijf. Agapito se levantó y fue a abrir. Un hombre vestido a la mejicana estaba afuera y al ver al mestizo reculó un par de pasos haciéndole seña para que le siguiese.

—¿Quién es? —preguntó Coburn.

—Un amigo nuestro, patrón —replicó el comisario. Y agregó, mirando a su compañero—: Es también para ti, Jesús. Nos viene a ver Evelio.

Jesús levantóse casi apresuradamente y siguió a su compañero hasta la antesala de la oficina del *sheriff*.

—¿Qué de bueno por aquí? —preguntó con ancha sonrisa a Evelio Lugones.

—Mucho; pero no todo bueno —respondió Evelio—. Somos amigos de siempre, ¿no? —Claro —asintieron los otros.

Evelio sonrió.

—Pues oíd con atención, que hoy vais a entrar al servicio de nuevo amo.

Los mestizos escucharon atentamente. Aseguraron, haber entendido a Evelio y, por fin, regresaron al despacho, sentándose en el mismo sitio.

—¿Ya se marchó vuestro amigo? —preguntó el *sheriff*.

Los comisarios dijeron que sí con la cabeza. Coburn paseó ante ellos con las manos a la espalda.

—Lo cierto es que podían ahorrar el *sheriff* —si guió monologando —. ¿Para qué diablos lo necesitan? Me gustaría saberlo.

—Tal vez para echarle las culpas cuando se lleve a cabo una investigación sobre este linchamiento —dijo una voz de hombre desde la puerta.

—¿Eh?... ¿Quién...? —Bruce Coburn se volvió hacia el sitio de donde procedía la voz. Esperaba encontrarse frente a alguno de los habitantes de Tres Picos; de aquellos que siempre clamaban por que la Ley se impusiera aunque nunca hacían nada por colaborar en dicha imposición. Su sorpresa al verse ante el enmascarado fue tan grande, que durante unos segundos no tuvo fuerzas para pronunciar su nombre. Al fin consiguió musitar—: ¡El «Coyote»!

—Hola —replicó el californiano, con una dura sonrisa en sus finos labios.

Coburn había dejado sus revólveres sobre la mesa escritorio y estaba demasiado lejos de ella para confiar en alcanzarlos antes de que el enmascarado empuñase los suyos. El *sheriff* conocía, además, la fama de rápido y certero tirador de que gozaba su visitante, y era lo bastante prudente para no intentar convencerse por sí mismo de lo justo o injusto de dicha fama. —¿Qué desea? —preguntó.

—Hablar un momentito con usted, *sheriff*. Acerca de la fiesta que se está organizando ahí fuera.

Con el pulgar, y por encima del hombro, el «Coyote» señaló hacia la calle. Luego avanzó hacia Coburn, quedando de espaldas a los comisarios, que asistían como dos postes a aquella escena.

Al ver que el enmascarado volvía la espalda a sus comisarios, el *sheriff* alimentó la esperanza de que Jesús o Agapito le atacaran,

aprovechando la oportunidad; pero al darse cuenta de que seguían inmóviles e impasibles, su decepción se reflejó tan a las claras en su semblante que el «Coyote» no pudo contener una sonrisa.

—Este asunto es cuestión aparte —dijo—. Sus hombres ya saben que no han de intervenir. Se lo advertí a tiempo. Me hubiera disgustado tenerle que privar, aunque fuese temporalmente, de los servicios de tan buenos comisarios. Y si hubiera entrado sin prevenirles, usted o ellos habrían tratado de ponerse violentos.

—Entonces... ¿A qué ha venido? —A pedirle un favor que le devolveré dentro de poco. Ahí fuera van a ahorcar a un hombre. A lincharlo. Esta es la palabra exacta, aunque lo sería mucho más: asesinarlo. Usted tiene sus motivos para no interponerse entre la gente y la diversión; pero en este caso le ruego que salga y evite un crimen.

—¡No sabe usted lo que dice! —rió, amargamente, el *sheriff*—. Nadie detendría a esa horda,

—Yo he detenido a otras hordas peores que esa.

—Usted es el «Coyote» y yo no soy más que un *sheriff* —replicó Coburn—. De usted saben que es capaz de matar a diez para salvar a uno. No puedo hacer eso. Además, no tengo pruebas de que ese hombre sea inocente.

—Prométales que mañana tendrá las pruebas o les dejará ahorcarlo.

—No me harán caso...

—¡Basta ya! —gritó de pronto el «Coyote»—. Tiene usted un minuto para decidirse. Si no le salva usted, le salvaré yo, aunque tenga que matar a tantos hombres como balas llevo en mis revólveres. Luego, cuando haya terminado con ellos, volveré a cargar mis Colts y le buscaré a usted para cerrar la cuenta. ¡Decida pronto!

Bruce Coburn no necesitaba reflexionar mucho para tomar una decisión. Sabía quién era el «Coyote» y que sus amenazas no eran simples baladronadas.

—Está bien —dijo—. Procuraré complacerle. Pero con dos hombres...

—Fuera tengo otros dos —interrumpió el «Coyote»—. Y, además, en caso de apuro le ayudaré personalmente. ¡Hasta luego!

El «Coyote» dio media vuelta y fue a salir. Al mismo tiempo el *sheriff* se precipitó sobre sus revólveres, y ya se disponía a desenfundarlos cuando Agapito, mostrando una de sus extrañas reacciones, llegó a la mesa antes que él y apoyó las manos sobre las armas.

—No se precipite, patrón —le dijo en voz baja—. El señor se enfadaría.

Desde la puerta, el «Coyote» comentó:

—¡Los hay locos, Bruce! —Guardó el «Colt» que había desenfundado y agregó—: ¿No comprende que si ofrecen tanto dinero por mi cabeza, es porque el cortarla no tiene nada de fácil? Hasta luego.

Apenas se cerró la puerta, el *sheriff* apartó de un empujón a Agapito.

—¡Idiota! —gruñó—. ¿Por qué te metiste...?

El comisario sonrió de una manera vaga.

—Usted perdone, patrón; pero como adiviné las intenciones de los dos, pensé que le hacía un favor ahorrándole un tiro... a usted.

Coburn se limpió el sudor con el dorso de la mano.

—Vamos —dijo, por fin—. Hay que hacer algo.

Ciñéndose el cinturón, con las dos pistoleras, el *sheriff* salió de su oficina seguido por los comisarios, armados con sus escopetas de caza y los revólveres. Fuera vio a dos hombres que esperaban, acunando cada uno entre sus brazos un Winchester 44/28 de doce tiros. Uno de aquellos hombres era el que había hablado poco antes con sus comisarios. Sin pronunciar palabra, los dos le siguieron cuando echó a andar hacia el grupo de hombres que ya se había reunido bajo el árbol que tantas veces había servido para colgar frutos humanos.

Evelio y Timoteo Lugones no necesitaron que se les indicara lo que debían hacer. Mientras seguían al *sheriff*, y siempre conservando entre los brazos sus rifles de repetición, se fueron apartando hacia la derecha, poniendo unos metros de distancia entre uno y otro. Jesús y Agapito hicieron lo mismo. Así los cinco hombres cubrieron toda la calle. Cuando estuvieron más cerca del árbol cambiaron la posición de sus rifles, en cuyos gatillos apoyaron el índice, aunque manteniendo el

cañón hacia el suelo.

Los que estaban debajo del árbol, por una de cuyas gruesas ramas habían pasado ya una cuerda, interrumpieron la tarea de anudar el lazo corredizo para mirar, inquisitivos y bastante asombrados, al *sheriff*.

—¿Qué le pasa, Coburn? —preguntó uno—. ¿Viene a ver la fiesta?

—Sí —contestó el *sheriff*—. Le vengo a dar legitimidad. Mejor dicho: legalidad.

Otro de los que se habían adelantado al grupo que avanzaba en dirección al árbol de las ejecuciones públicas preguntó, señalando a los cuatro acompañantes del *sheriff*:

—¿Y ésos a qué vienen?

—Todo el mundo tiene derecho a mirar, ¿no? —preguntó Coburn.

—Claro, claro —replicó otro—. Si el *sheriff* pensara en otra cosa que en ser espectador, demostraría estar loco.

El sol poniente enviaba a través de las encendidas nubes, tras las que se ocultaba, sus rojos rayos que parecían manchar de sangre el corpulento roble. También teñían de rojo las caras y manos de los hombres allí reunidos, dando a la escena un aspecto escenográfico que le prestaba trágica realidad.

Los que avanzaban empujando y, a veces, casi arrastrando a Trytell moderaron el paso al advertir la presencia del *sheriff*. Puede que se hubiesen detenido si los que iban tras ellos no les hubieran obligado a seguir adelante. Esto hizo que más de uno acercara la mano a su revólver en espera de que el *sheriff* se opusiese a la diversión de ahorcar al supuesto cuatrero.

Trytell por su parte, al ver la estrella que el *sheriff* lucía en el pecho, comenzó a alimentar la esperanza de salvarse de la horrible muerte a la que ya casi se había resignado.

—¿A qué ha venido, *sheriff*? —preguntó uno de los que capitaneaban el grupo de linchadores.

Coburn ya no podía replicar con vaguedades.

—Eso de tomaros la Ley por vuestra mano y a vuestro capricho, se

ha de terminar, Oleg —replicó—. Ese hombre tiene derecho a ser juzgado por un tribunal, que le condenará o absolverá, según las pruebas que en contra o a su favor se reúnan.

—¿Está loco? —preguntó el llamado Oleg—. Vuelva a su despacho y no se entrometa en nuestros asuntos.

Pero Bruce Coburn y sus cuatro ayudantes se habían colocado bajo la rama de que colgaba la cuerda destinada a la ejecución, y para que ésta se pudiera realizar era preciso apartar de allí a la primera autoridad de Tres Picos, que, por su parte, había desenfundado sus dos revólveres y no parecía dispuesta a dejarse echar de allí.

Oleg era un salvaje producto de aquella violenta tierra y tampoco estaba dispuesto a tolerar que un *sheriff* se interpusiera en su camino.

—¡Adelante, hombres! —gritó—. Coburn no se atreverá a disparar.

Para dar ejemplo de que no creía en las amenazas del *sheriff*, Oleg adelantóse hacia él. Por su parte, Coburn, aunque no le gustaba ponerse a mal con los que le habían elegido, dábase cuenta de que cediendo a la violencia, después de haberla querido dominar, convertiríase en el hazmerreír del pueblo, perdiendo el respeto que ha de imponer un *sheriff*. Por ello, amartillando el revólver que empuñaba con la mano derecha, previno:

—Estoy dispuesto a disparar, Oleg.

El interpelado no quiso creer en la advertencia y, además, cometió la tontería de querer sacar su revólver.

Bruce hubiera disparado contra un órgano más vital del cuerpo de Oleg si no le hubiera contenido el temor de herir o matar a cualquiera de los que estaban detrás del cabecilla; por eso, bajando el arma que empuñaba, disparó contra la pierna izquierda de Oleg, que, perdiendo el equilibrio, cayó de rodillas a la vez que disparaba inofensivamente su revólver, que se le escapó de las manos.

Cuando lo quiso coger, se le anticipó Evelio Lugones, que de un puntapié alejó el arma del alcance de su dueño.

—¡Soltad a ese hombre! —ordenó Bruce Coburn.

—¿Y si es culpable? —preguntó uno.

—Se le juzgará. No me obliguéis a que por un culpable se derrame

demasiada sangre inocente.

Pero sacar a Trytell de entre los que deseaban ahorcarle era menos fácil de lo que podía imaginar un optimista. Los que estaban detrás y empujaban hacia delante chocaron con los que estando delante querían ir hacia atrás y apartarse de la peligrosa primera línea. Se produjo un humano remolino, en cuyo centro quedó, envuelto y demasiado lejos de su protector, Gaylord Trytell, de quien varias forzudas manos comenzaron a tirar.

—Hay que tirar a matar —dijo Evelio Lugones, acercándose a Bruce Coburn.

El *sheriff* movió negativamente la cabeza.

—Es inútil —musitó—. Lo más que podemos hacer es matar a unos cuantos, pero nunca recuperaremos vivo a ese hombre. Le asesinarán.

—Me parece que a usted no le disgusta mucho esa idea —dijo, despectivo, Evelio—. ¡Qué *sheriffs* los de estas tierras! —Dirigiéndose a su hermano siguió—: Empecemos tú y yo.

—Creo que mataremos en balde —contestó Timoteo, indicando el compacto grupo de hombres que rodeaba a Trytell.

—Ya dije que en estos casos es mejor dejarles —quejóse el sherijf —. Pero no me quisieron hacer caso. Yo conozco a la gente...

—Y la gente le conoce a usted... —replicó Evelio—. Si le supieran capaz de matar a cuarenta para salvar a uno, aunque fuese para ahorcarle al día siguiente con todas las garantías de la Ley, ya se lo hubieran dejado.

El grupo de linchadores y su víctima refluían hacia un cercano granero. En el vértice del tejado del pequeño edificio asomaba un poste del que se colgaba una polea para subir las balas de heno o los sacos de grano. Ahora podía utilizarse para fines más trágicos.

Tres hombres entraron en el granero y a poco asomó uno de ellos por la abertura sobre la cual se extendía el poste. Traía una cuerda y quiso pasarla por la polea. Agarrándose con la mano izquierda al quicio de la abertura se inclinó hacia adelante para pasar el cabo de la cuerda; pero, al mismo tiempo, Evelio Lugones disparó su rifle.

La bala dio en la polea, arrancándola del gancho de que pendía, cuando los dedos del hombre la estaban rozando. El sobresalto le hizo

soltar la mano izquierda y lanzando un grito de espanto el defraudado linchador cayó de cabeza sobre los que estaban debajo, que, poco caritativamente, se apartaron para ofrecerle como lecho receptor el duro suelo.

La intervención de Evelio Lugones desencadenó la tormenta en vez de conjurarla. Mientras unos empujaban a Trytell al interior del granero, los demás empezaron a disparar contra Coburn y sus comisarios.

Clegg Wyatt echó a correr hacia los contendientes, maldiciendose por haber denunciado el robo del caballo. Por culpa de un animal iban a morir muchos hombres inocentes.

Pero no fue su intervención la que interrumpió el combate. Este cesó, de momento, cuando una diligencia tirada por cuatro caballos y guiada por un indio de inescrutable rostro llegó por la carretera y se precipitó sobre los que se interponían en su camino.

Huyeron los linchadores y se redujo un poco el tiroteo, mientras el indio, obedeciendo a las órdenes que un viajero le daba desde el interior, aplicaba los frenos al carruaje, que, al fin, se detuvo enfrente del granero.

## CAPITULO IV

## UN VIAJERO INOPORTUNO

—Siga adelante —gritó Buck Nelson al cochero.

—¡Qué manera de recibir a los viajeros! —se lamentó el ocupante del carruaje, asomándose a la ventanilla del lado del granero.

Era un hombre de edad mediana, que debía de tener más años de los que representaba. Lo que se veía de él indicaba que vestía con elegancia a la moda californiana. Su enjuto rostro expresaba ironía y buen humor, aunque un espectador poco sagaz, como lo eran la mayoría de los allí reunidos, quizá hubiera tomado por miedo lo que se pintaba en las facciones del viajero. Este preguntó:

—¿Qué pueblo es éste?

—Tres Picos, mi amo —replicó el cochero.

—Entonces, ya hemos llegado —sonrió el otro. Dirigiéndose a Buck Nelson y Oleg, que se acercaba cojeando, preguntó—: ¿Tanto les molesta que lleguen forasteros?

—Oiga, señor, lárguese de aquí —ordenó, insolente, Nelson.

—No puedo. He venido para quedarme. Me llamo César de Echagüe, de Los Angeles.

El cochero intervino, anunciando:

—Ahí están los Lugones, mi amo.

—¡Ah, los Lugones! Gracias, Pedro. —Sonriendo a Oleg, o sea al menos indicado, explicó, señalando a los dos Lugones—: Les conozco. Simpáticos, ¿no?

—¡Muy simpáticos! —bramó Oleg—. ¡Y yo me alegro mucho de tener delante a un amigo suyo!

Al mismo tiempo agarró de las solapas a don César y levantó el puño derecho a la altura de la boca del californiano, como dispuesto a hacérselo tragar.

—¡No seas bestia! —gritó Wyatt, que llegaba sin aliento.

Pero Oleg no estaba dispuesto a hacerle ningún caso. Tensó más los músculos y con toda su fuerza lanzó el puño hacia el rostro de don César.

Los que presenciaron la escena no comprendieron en seguida lo que sucedió a continuación. El conductor del carruaje movió la mano con que empuñaba el látigo. Este, como una bien amaestrada serpiente, enroscóse en el puño de Oleg, y a continuación Pedro Bienvenido sólo tuvo que dar un tirón para que Oleg, arrastrado por la tralla, girase sobre la pierna herida y perdiendo de nuevo el equilibrio cayera de espaldas a los pies de don César, quien le preguntó, inclinándose hacia él:

—¿Se encuentra indispuesto?

Oleg masculló una imprecación impulsado más que por el dolor producido por el latigazo, por las risas de los que habían asistido a su humillación.

—¡Márchese de aquí, forastero! —ordenó Buck Nelson—. Tenemos trabajo.

—En seguida me marcho —respondió don César—. Si hubiera sabido que tenían trabajo no les hubiese interrumpido.

Clegg Wyatt pidió:

—Dejadlo para mañana. Ya es casi de noche.

Y a don César:

—Siga su camino, forastero.

—Mi camino termina en el hotel, posada o lo que exista en estos lugares, caballero. He venido a comprar unos bosques ofrecidos por el señor Wyatt...

—¡Ah! —exclamó el otro—. ¿Es usted don César de Echagüe? ¡Claro! —Se llevó una mano a la frente—. ¡Con todo este desorden me olvidé de usted! Al verle llegar no se me ocurrió que pudiera ser usted el señor de Echagüe.

—¿Qué están ustedes celebrando?

—Un poco de justicia popular.

Don César, que miraba hacia el interior del granero, exclamó:

—¡Pero si allí está mi querido amigo el señor Trytell!

Señalaba al preso e hizo intención de ir hacia él. Al no conseguirlo, por oponerse a ello los demás, preguntó:

—¿Acaso está detenido?

—Si —dijo Clegg Wyatt—. Le acusan de haber robado un caballo.

—Yo le he visto robar caballos, sotas y reyes sin que nadie le quisiera ahorcar por ello —respondió don César, con una sonrisa de perfecta ingenuidad—. En un jugador esos robos resultan lógicos.

—Era un caballo de carne y hueso —explicó Wyatt.

— ¡Ah! ¡Caramba! ¡Me extraña mucho!

La situación empezaba a hacerse ridícula. Wyatt, notando la mirada

de Fennel, decidió aprovechar si momento.

—Creo, amigos, que lo mejor es que el *sheriff* se lleve a Trytell y lo encierre hasta que averigüemos algo más acerca de él. Si es amigo de don César de Echagüe, estoy seguro de que no puede ser un cuatrero. Siempre tendremos tiempo de ahorcarle, ¿no os parece?

Varias voces admitieron que Wyatt tenía razón y que si él, que era el más ofendido, optaba por perdonar a Trytell, ellos no tenían por qué ser más exigentes que el dueño del caballo robado.

En seguida comenzaron a marcharse los que tenían hambre y miedo de que su cena se enfriase.

Don César sonrió; pero lo hizo conservando una seriedad mezclada de asombro y desconcierto, como si no entendiera nada de lo que tan bien comprendía. Trytell ya no era retenido por los que hasta un momento antes pensaban que lo mejor que podía hacerse con él era colgarlo al extremo de una cuerda hasta que terminase de echar, a patadas, el alma.

Don César comenzó a ir hacia él, sonriendo. Trytell también empezaba a sonreír y, por su parte, Ross Fennel sentíase aliviado de un peso agobiador. El propio *sheriff* trataba, sin conseguirlo, de explicarse cómo había ocurrido aquel milagro. Era la primera vez que veía a una pandilla de linchadores ceder su presa sin necesidad de enfrentar con ellos una compañía de soldados o un escuadrón de caballería. Como allí no se encontraban soldados de ninguna clase, Bruce Coburn aún dudaba de que fuese cierto lo que estaba viendo.

En esto don César de Echagüe pensaba como él.

—Es demasiado bonito para que sea verdad —se dijo, mientras estrechaba la mano de Trytell.

Efectivamente. Era demasiado bonito para que fuese cierto. Y en aquellos momentos, los linchadores que se retiraban derrotados recibieron un inesperado refuerzo que, en menos de un minuto, cambió las tornas y colocó de nuevo a Gaylord Trytell en la pendiente que conducía al otro mundo.

Los habitantes de Tres Picos se componían de lavadores de arenas auríferas, comerciantes artesanos y leñadores. Los primeros habían sido en un tiempo el elemento salvaje. Lo fueron mientras abundaron las pepitas de oro y cada semana recogían miles de dólares que tenían que defender de la codicia de los que preferían sacar el oro de los

bolsillos de quienes lo buscaban en los arroyos. Habituados al continuo peligro de ser asesinados o robados, eran capaces de todo. Pero al agotarse los yacimientos y reducirse, con ello, la cosecha del preciado metal, los ladrones emigraron a otros lugares más fructíferos. En los lavaderos ya sólo era posible recoger cien o ciento cincuenta dólares por semana. ¡Y esto con buena suerte! Los más ambiciosos y violentos emigraron en busca de mejores campos de acción. Las explotaciones madereras, que hasta entonces tuvieron poca importancia, comenzaron a adquirirla. Con esto entraron en escena unos hombres que poseían músculos de acero, amplio tórax y cerebro de mosquito: los leñadores. Cobraban a tanto por árbol derribado. Trabajaban en cuadrillas y por su propia conveniencia se levantaban con las primeras luces para trabajar hasta que el último destello de sol poniente se reflejaba en sus afiladas hachas,

Aquellos hombres tenían pocas distracciones. Un lavador de oro puede soñar mientras agita las arenas en la batea. Un leñador no puede distraer su atención del tronco al que hiere con el acero de su hacha. Si descansa un momento es sólo para secar con el dorso de la mano el sudor que le irrita los ojos. En seguida se encamina a otro árbol y durante diez minutos o media hora sólo piensa en golpear rítmicamente al compás de sus dos o tres compañeros, de manera que no pasen dos segundos, y a ser posible ni uno, sin que el filo del hacha de alguno de los compañeros de trabajo esté hiriendo el tronco. Un minuto ganado en el corte de cada árbol puede significar un árbol más al fin de la jornada y un dólar más de beneficio.

Por fin, el sábado, con los bolsillos rebosando dólares de plata, los leñadores salían del campamento y bajaban al pueblo a divertirse. ¿Cómo? Pues de la única forma que ellos conocían. ¡Salvajemente!

Aquel día era sábado. El trabajo en el campamento terminó antes. Los leñadores cobraron su sueldo y, como búfalos desmandados, corrieron a Tres Picos, sedientos de licor, ansiosos de demostrar su fuerza de muchas maneras y, a ser posible, deseando hacer algo cuyo recuerdo les divirtiera durante los próximos seis días de trabajo en los bosques.

Alguien les había anunciado la inminencia de un buen linchamiento. El miedo a perderse un espectáculo que «por desgracia» se daba muy pocas veces, puso alas en sus pies y les hizo llegar a Tres Picos casi una hora antes de lo habitual.

Clegg y Buck Nelson les anunciaron que llegaban tarde, no porque la fiesta se hubiera terminado, sino porque se había suspendido.

No fue necesario que se pusieran de acuerdo. Esto, al fin y al cabo, es propio de los que tienen cerebro y capacidad para utilizarlo. Las bestias nunca han necesitado hablar entre ellas para convenir cómo se ha de organizar una cacería. Usan el instinto. Y los leñadores no eran otra cosa que seres instintivos.

Como una manada de toros en estampida cayeron sobre los que aún se agrupaban frente al granero. Arrollaron al *sheriff* y a sus hombres, al propio Wyatt, que era su jefe, a Fennel, que era el ingeniero encargado de la explotación, y, como es lógico, a don César, en quien ni siquiera se fijaron.

Trytell se sintió cogido por unas manos que eran tenazas de acero. Vióse empujado y casi derribado. Su rostro se aplastó contra un tórax del tamaño de un barril de manzanas que no olía precisamente a manzanas, sino al condensado sudor de una semana de rudo trabajo. El mundo empezó a girar desaforadamente. Todo fueron empujones, gritos y risas. Sintióse arrastrado hacia la carretera, sobre la cual caían las primeras sombras nocturnas, y al perder la noción de la realidad sintió el alivio de perder con ella la noción de las cosas. Esto quizá le sirviese para morir con más facilidad.

Alguien le tiró de los cabellos, obligándole a echar hacia atrás la cabeza. Una cuerda convertida en un lazo de muerte le rozó, áspera, la frente, la nariz y los labios. La impaciencia de sus verdugos hizo que el lazo se cerrara demasiado pronto, antes de llegar al cuello. Esto hizo perder unos segundos. Por fin, se aflojó un poco la cuerda y el lazo se volvió a cerrar, esta vez alrededor del cuello.

Don César, que se encontraba dentro del granero, separado de su amigo por un impenetrable muro de espaldas cubiertas de franelas a cuadros multicolores, se hubiera dado de puñetazos por no haber previsto aquel acontecimiento. Entre la salvaje y explosiva alegría de los leñadores oyó las inútiles súplicas y órdenes de Wyatt, que aún pretendía salvar la vida del hombre a quien él mismo había condenado.

—Sólo el «Coyote» podría salvarle —se dijo.

Pero pocas veces, como entonces, había estado el «Coyote» tan lejos del lugar en que se encontraba don César de Echagüe. Este tampoco se había visto nunca en una situación parecida a aquélla, donde no era el odio, ni siquiera el interés, el que empujaba a una masa de hombres a matar a un semejante suyo. Era algo peor, porque era más difícil de dominar: Era, pura y simplemente, la bestialidad. Por lo mismo que es

casi imposible detener a mil reses enloquecidas, era imposible dominar a aquellos hombres que se disponían a cometer un crimen sin odiar a su víctima, sin darse cuenta de que estaban cometiendo una salvajada, porque para ello hubieran necesitado una sensibilidad y una inteligencia de la cual carecían por completo.

La cuerda cuyo extremo habíase cerrado alrededor del cuello del jugador fue pasada por el poste y seis pares de manos agarraron el cabo de la cuerda para tirar de él.

## CAPITULO V

## UN FORASTERO MAS INOPORTUNO

Los seis leñadores dieron un enérgico tirón de la cuerda al mismo tiempo que de medio centenar de gargantas se elevaba el grito que en todas las épocas han lanzado las multitudes que presencian una ejecución y advierten que ha llegado el instante en que la vida del condenado va a truncarse de un hachazo o ahogarse dentro del nudo corredizo.

Fue un grito tan fuerte, que apagó el galope de los caballos y los disparos de los rifles y revólveres. Por eso, cuando siete u ocho balas cortaron la cuerda y los que tiraban de ella cayeron en montón al no hallar el esperado contrapeso del cuerpo de Trytell, el asombro fue general y sólo al cabo de varios segundos se comprendió lo ocurrido, cuando quince jinetes cargaron sobre los linchadores y los arrollaron en una confusión indescriptible, aumentada por los tiros al aire, los latigazos y, sobre todo, por una treta que si era corriente y conocida en los llanos, resultaba nueva en las sierras.

Seis de los recién y oportunamente llegados jinetes habían unido sus lazos de cuero, formando con ellos una triple cuerda que, sujetada a los pomos de las sillas, barrió el suelo, derribando como peleles a cuantos no eran abatidos por los caballos.

En menos de un minuto la situación volvió a sufrir un teatral cambio. Los leñadores se dieron cuenta de que tenían que habérselas con un adversario que les superaba en inteligencia y, por lo menos, les igualaba en fuerza. Los recién llegados eran, en su mayoría, mejicanos. Por lo menos, así lo indicaba su indumentaria. Chaquetillas cortas, calzoneras, botas altas y sombreros de copa cónica y ala

levantada. Entre ellos había alguno que vestía a la moda tejana, y entre los cuales distinguíase el jefe.

Este montaba un caballo blanco, enjaezado con una riqueza poco vista en las sierras. Los dos modernos Colts del 44 que empuñaba lucían un niquelado en oro que los convertía en un par de maravillosas joyas. Maravillosas y, a la vez, peligrosas. Dirigiendo su caballo con las piernas, sin necesidad de utilizar bridas ni espuelas, le hizo encabritarse sobre uno de los que aún sujetaban a Trytell. Cuando el animal bajó los cascos, éstos resonaron sordamente al dar sobre la cabeza del leñador, cuya masa encefálica salió despedida en amarillentas salpicaduras. El otro leñador quiso huir; pero el jinete del blanco caballo lo derribó de un golpe con el cañón de uno de sus revólveres. Volviéndose hacia los que se estaban levantando, el peligroso forastero ordenó con furiosa voz, vibrante de seguridad y de amenazas.

—¡Largo de aquí, gentuza!

Como perrillos asustados, los leñadores y habitantes del pueblo replegáronse a prudente distancia antes de dar media vuelta y tratar, con unos ladridos, de dar a su fuga y a su miedo una leve apariencia de energía; pero el otro no estaba dispuesto a dejarles salvar el «tipo». Sin apuntar, al menos en apariencia, disparó dos balas que levantaron dos surtidores de polvo a tres metros de los decepcionados linchadores y maullaron luego sobre sus cabezas.

Un hombre puede conservar la serenidad cuando una bala sisea o zumba sobre su cabeza; pero rara vez logra mantener la calma cuando escucha el «miAAOoo» del rebote de un proyectil. Aquéllos no eran excepción y huyeron hacia las tabernas y salones de baile, cuyas iluminadas puertas se ennegrecieron al ser cruzadas por los fugitivos.

Los providenciales jinetes se reunieron, riendo, en torno a su jefe. Los que barrieron como a soldados de plomo a los leñadores desanudaron sus lazos y comentaron, entre carcajadas, el divertido espectáculo.

—Muchas gracias, caballero —dijo Trytell, quitándose la molesta corbata de cáñamo.

—No se moleste en darme las gracias —respondió en español el jefe —. Puede que no merezca usted lo que he hecho en su favor; pero una vez también estuve a puntó de ser linchado y alguien me salvó. Prometí hacer lo mismo siempre que se me presentara la ocasión.

Ahora márchese y no vuelva por aquí.

—Me acusaban de un delito que no cometí —dijo Trytell.

—Me tiene sin cuidado su inocencia.

Don César de Echagüe estaba tan sorprendido como el que más. Y no sólo por la inesperada intervención de aquel hombre, sino por su voz, que despertaba muy lejanos recuerdos en su memoria. Por lo menos, recuerdos de veinte años antes.

—Me llamo Gaylord Trytell —siguió el jugador—. Si alguna vez me necesita, tenga la seguridad de que no habré olvidado este favor.

—Yo me llamo Rodríguez —contestó el jefe del grupo—. Manuel del Socorro Rodríguez. Hace veinte años me quisieron linchar. Luego me condenaron a muerte y, por fin, a treinta años de cárcel. Hace unos meses me indultaron por mi buena conducta.

Rodríguez señaló al leñador muerto.

—Este podrá hablar en el infierno de lo bien que yo me sé portar. —Soltó una carcajada—. Y esto le demostrará, amigo, entre qué clase de gente me encontraba para que a un tipo como yo se le considerase demasiado bueno y digno de librarse de malas compañías.

Don César de Echagüe apareció en aquel momento en la puerta del granero. Uno de los hombres de Rodríguez había encendido una antorcha formada por un puñado de trapos atados al extremo de un palo y empapados en aceite. La luz daba en el rostro del californiano y en el de Manuel del Socorro, acentuando las facciones de ambos. Las del primero eran las de quien ha vivido una vida fácil, sin dificultades materiales ni sufrimientos morales. En cambio, el rostro que vio don César bajo el ala del gris sombrero tejano era el de un hombre endurecido por toda clase de penalidades y, especialmente, por el fuego de horribles sufrimientos espirituales. Aquel fuego dejó hondos surcos en el rostro de Rodríguez. Don César había pensado muchas veces en aquel hombre. Y al pensar en él recordaba una cara totalmente distinta, que ahora se ocultaba bajo aquella máscara de cicatrices abiertas por los padecimientos de veinte años de encierro carcelario.

—Buenas noches, Manuel —saludó—. Me pareció reconocer tu voz; pero, ¡cómo has cambiado! No te hubiese reconocido.

Manuel del Socorro movió la cabeza.

—Buenas noches, César —respondió—. Sí... he cambiado mucho. Y llegué a creer que todos debían haber cambiado como yo. Por eso, estoy casi seguro de que yo tampoco te habría reconocido. ¡No has cambiado nada! Quizá te hubiese tomado por tu hijo. Tienes uno, ¿verdad?

Don César acercóse más.

—Sí. Tengo un hijo que ya es un hombre.

—¿Y tú ya lo eres?

Don César se echó a reír.

—Soy el mismo de siempre —contestó.

—Entonces... eres más joven que tu hijo.

—Muchos lo dicen.

—¿Y tu mujer? Se llamaba... ¡Sí, ya recuerdo! Leonor de Acevedo. La señorita más distinguida de California. De aquella California que ya ha muerto.

—Ella también murió.

—Lo siento —murmuró Rodríguez—. Hubiera sido mejor que murieses tú. Además de ser distinguida, era hermosa y... buena. Ya no nacen como ella.

—Ni como ella ni como Consolación. En cambio, los tipos como yo siguen naciendo sin esperar a que los antiguos mueran.

—Eso estoy viendo. Sin embargo... me alegro de verte. ¿Queda alguno más de aquella época?

—Don Goyo Paz, el doctor García Oviedo... Quedan bastantes.

—¿Don Goyo? —El rostro de Rodríguez se iluminó—. ¡Don Goyo! —Una sonrisa cruzó por sus labios—. ¡De eso sí que me alegro! Luché a sus órdenes mientras tú conservabas tu neutralidad. Pero no te enfades. ¿Has aprendido a hacerlo?

—Aún no. Don Goyo acaparó todo el enfado disponible. —¡Simpático viejo! ¿Conserva su mal genio? —Lo sembró en su melena y Dios le otorgó abundantes cosechas.

Rodríguez rió a carcajadas.

—Alguna noticia buena tenía que encontrar. Cuando termine le iré a ver. También quiero ver a fray Jacinto. Aunque he pasado por Capistrano, no le visité porque me hubiera convencido de que debía olvidar.

—Difícil le hubiera sido hablarte a través de la losa de su sepulcro.

— ¿Eh? ¿Murió? Es natural. ¡Tan viejo...!

—Lo asesinaron en Los Angeles.

—¿Quién? ¡Maldito sea! Le he de...

—Ya lo hizo tu amigo el «Coyote». ¡Fue una buena venganza! Muy salvaje [1].

—El «Coyote». ¿Amigo mío? No sé. Ciertos favores no se olvidan, César. Yo maldije muchas veces la ayuda que me prestó el «Coyote». Y si alguna vez le encuentro de nuevo en mi camino...

—El «Coyote» es amigo mío—dijo Trytell.

—Y ronda por estos lugares —intervino Bruce Coburn.

Rodríguez se volvió hacia el *sheriff*, y al ver la estrella que llevaba prendida en el pecho, ordenó:

—¡Márchese! Tengo muchas cuentas pendientes con los de su clase. ¡*Sheriffs* del Oeste! Vendidos a la injusticia. Cierran los ojos a todo lo que hacen los poderosos; pero en cambio los abren mucho para aplastar a los débiles. Váyase. Prometí matar a los tres primeros *sheriffs* que encontrase al salir de la cárcel.

Bruce Cobum dio un paso atrás. Pensó en utilizar su revólver. Y este simple pensamiento le hizo temblar la mano, que no se atrevió a alcanzar la culata del «Colt».

—Yo no le he causado ningún daño... —tartamudeó.

—No se preocupe. Es usted el cuarto sheriff que se ha puesto ante mis ojos.

—¿E... el... cu... cu... cuar... to?

Con una sonrisa que llenó de hielo las venas de Coburn, Manuel del

Socorro contestó:

—Sí. El cuarto. Ya me entiende, ¿no?

—Cre... creo que... s... sí.

—Pues márchese. No me importaría matar a otro sheriff. Y no creo que el mundo le echara de menos si el cuarto fuese usted.

Mirando nuevamente a don César, Rodríguez pidió:

—¿Te importaría acompañarme un rato, César? No he hablado con ninguno de los que entonces fueron mis amigos. Tú no eras un gran amigo; pero tampoco fuiste mi enemigo.

—Siempre he sido neutral, Manolo. Y no me ha ido mal.

—¿Sigues viudo?

—No; pero ya hablaremos luego, en un sitio más reservado.

—Sí... es mejor.

Indicando a Trytell, don César explicó:

—Este amigo mío podría acompañamos. Estará más seguro. Por lo que he sabido, sospecho que Isaías Jardine y su mujer le tendieron una odiosa trampa.

—¿Qué...? —preguntó Rodríguez. Y con más energía—: ¿Qué has dicho? ¿Qué nombre has pronunciado?

—¿Qué te ocurre? ¿Conoces a los Jardine?

—N... no. Claro que no. —La turbación de Rodríguez iba en aumento—. ¿Cómo les iba a conocer? Es que me ha parecido oír otro nombre... El de Martha... Tú no la conociste. ¿Qué relación existe entre usted y los Jardine?

La pregunta iba dirigida a Trytell.

—Con ellos ninguna. Y no creo que me hayan tendido ninguna trampa. Y si lo hubieran hecho, yo soy el único que tiene derecho a pedirles cuentas.

—Se equivoca. Márchese y no me obligue a que me arrepienta del favor que le he hecho.

—Aunque no se lo pedí, se lo agradezco en lo que vale; pero no en más, señor Rodríguez. Y como la mujer a quien yo quiero está en casa de los Jardine, le advierto que antes de hacerles nada a ellos piense que yo también sé manejar un arma. ¡Y que mataría al que...!

—Un momento —ordenó Rodríguez, saltando de su caballo con una agilidad impropia de sus cuarenta y tres años—. ¿Es usted el novio de esa Maxine Lader?

—Pues entonces, amigo, acabará usted el día colgando de una cuerda. Se ve que es usted un predestinado a la horca.

—No te precipites, Manuel —pidió don César—. El no es amigo de los Jardine. Si ellos quisieron librarse de él, alguna razón tendrán. Nadie hace ahorcar a sus amigos cuando tanta falta le hacen. Investiga un poco antes de cometer una locura.

—Tú siempre tan prudente. No has cambiado. No. Puede usted marcharse, Trytell.

Rodríguez volvió la espalda al jugador; pero ante una nueva idea volvióse otra vez hacia él, ordenando:

—No, no se marche. Quedará detenido. No quiero que nadie avise a esos Jardine. Mañana les haré una visita. Y quiero que se sorprendan.

Don César volvió a sonreír mentalmente. Se estaba acordando de muchas cosas y comprendiendo muchísimas más. Cuando menos lo esperaba sus dedos acababan de tropezar con el hilo que le permitiría devanar todo el ovillo.

—Vamos, César. Nos hospedaremos en «Los Altos». Nadie nos molestará. Quiero recordar mi pasado. Tú me ayudarás a hacerlo.

—Recordar el pasado no sirve de nada. Es imposible cambiarlo. ¿No es mejor hacer planes acerca del futuro?

—Sigues aficionado a las frases huecas, César. Parece que dices mucho y no dices nada.

—No soy el único en hablar mucho y decir poco. Tú también te luces en esa tarea.

—Durante veinte años he pasado la mayor parte del día hablando conmigo mismo.

—Es la mejor manera de hablar sin que a uno le lleven la contraria. Siempre debiste de convencerte, ¿no?

—No. Jamás pude llegar a estar de acuerdo con mis propias ideas y argumentos.

—Llevas la beligerancia a unos extremos tan exagerados como yo la neutralidad. Los extremos son malos. Alguna vez debieras darte la razón. Te sentirías más importante.

Rodríguez apoyó una pesada mano en el hombro de don César.

—Tú no sabes nada de mi vida. De eso, el único enterado, y no de todo, es el «Coyote». Pero te diré que hubo un tiempo en que tuve a orgullo ser noble como un león. Me sentí importante. Pero también me sentí estúpido. Luego fui perdiendo la buena opinión que mi nobleza me merecía y me sentí lobo. De los malos. De los más traicioneros y sanguinarios. Eso me gustó. Un lobo rabioso no es importante; pero... es temible. Vamos. De una zancada nos trasladaremos a veinte años atrás. ¡Qué hermosa era entonces California, a pesar de que ya había en ella demasiados *yanquis*!

# SEGUNDA PARTE

# El Pasado de Manuel del Socorro Rodríguez

## CAPITULO VI

## VEINTE AÑOS ANTES

Los cascos de los caballos que sonaban blandamente sobre la alfombra de blanquecino polvo despertaron en ecos metálicos al cruzar el trozo de calle cubierto con losas de granito, frente al Juzgado. Terminaba el enlosado allí donde terminaba la casa, y el suelo volvía a ser de tierra y polvo, como antes. Don Salazar, el juez llegado de España en 1808, había construido el edificio guiándose por sus particulares gustos. Nacido en Santiago de Compostela, añoraba su tierra con una muy céltica intensidad. Y ya que no podía vivir en Galicia, al menos decidió vivir en una casa parecida a las de su ciudad

natal. Algunos le indicaron que la arquitectura galaica resultaría un anacronismo bajo aquel cielo siempre azul y en aquel país donde la precipitación acuosa se medía en décimas de centilitro, y si en un año se recogían dos litros por metro cuadrado, se consideraba que había diluviado.

—La única arquitectura lógica es la andaluza —le dijeron.

—Pues yo construiré un Juzgado gallego y hasta colocaré un hórreo en el patio.

Y construyó el Juzgado como si hubiera de resistir diarios aguaceros. Y cubrió el trozo de calle con losas, para evitar la acumulación de fango. Y adornó la planta baja con bonitos porches, para que la gente pudiera resguardarse de la lluvia. El resultado fue que el Juzgado solamente lo fue mientras don Salazar disfrutó del cargo de juez, primero bajo la dominación española y más tarde durante los diez primeros años del gobierno mejicano. Durante aquel tiempo, y a pesar de que don Salazar obligaba a un alguacil a que durante todo el día regara el porche, el zaguán, la escalera e incluso las habitaciones, el Juzgado conservó una temperatura de horno que alejaba de él a todos los habitantes de San Juan de Río Negro. Sólo un turco hubiera podido permanecer sin desmayarse en aquella atmósfera caldeada por el sol que daba en el revestimiento de plomo del tejado, y de cuyo entarimado levantábase un sofocante vapor que olía a madera medio quemada y a polvo. Era inútil que se dejaran las ventanas abiertas. Al construirse la casa habíase tenido en cuenta el peligro de las húmedas corrientes de aire y por medio de una sabia colocación de las puertas, que en ningún caso llegaron a quedar en frente de las ventanas, y también procurando que los pasillos, en vez de ser rectos, diesen más vueltas que los paseos de un laberinto, se logró que toda corriente quedara frenada apenas introducida en el edificio. Por todo esto, como ya se ha dicho, el Juzgado era ideal para que sus habitantes perdieran en una semana todas las grasas del cuerpo, arrastradas por el copioso sudor en que se rompía en cuanto se entraba en la casa. Como último detalle, basta decir que los tinteros tenían que llenarse tres veces diarias, pues la tinta se convertía en polvo a las dos o tres horas de haber sido echada en ellos.

Cuando el nuevo juez mejicano que iba a sustituir a don Salazar entró en el edificio y entre sudores de muerte y un agotador abanicarse con un pay-pay averiguó, por un enjuto secretario, que aquel calor no sólo no menguaría, sino que en pleno verano se elevaría en bastantes grados, el hombre ordenó evacuar el edificio y rechazar la generosa oferta de su antecesor, que se mostraba dispuesto

a regalar el Juzgado a su honorable sucesor. Este se instaló en un edificio de adobes, con patio central, pasillos rectos, por los que circulaba un airecito muy agradable, incluso en los días más calurosos. Es verdad que el nuevo local era menos vistoso que el antiguo; pero nadie lo lamentó. Y el que menos don Salazar, que siguió viviendo en su casa, a la cual aún se llamaba El Juzgado.

Don Salazar era laborioso, ahorrador y un genio para las finanzas. Comerció con los barcos que llegaban a la costa en busca de pieles. Ganó dinero. Muchísimo dinero. Compró tierras, bosques en las montañas, un bergantín y luego una goleta, con los cuales aumentó sus operaciones comerciales y su fortuna.

Todas las semanas hacía una visita a Los Angeles y a San Pedro, y tres o cuatro veces al año se trasladaba a Monterrey, capital de California.

En 1833 llegó de España, para vivir con él, una hermana a la cual él nunca había visto, pues nació mientras él peleaba en el Rosellón, a las órdenes del general Ricardos, contra los franceses. Como nunca volvió a su ciudad natal, las escasas noticias que recibió de su familia le enteraron de la muerte de sus padres a causa de los achaques propios de la edad. Siete hermanos murieron luchando contra los franceses en distintas partes de España. Otro llegó a general por el mismo motivo. Otro había muerto siendo obispo y Dolores, la hermana menor, se había casado, enviudando demasiado tarde, cuando su marido hubo gastado el patrimonio familiar y las herencias del general y del obispo.

Dolores embarcó hacia California, llevando con ella a su único hijo, Manuel del Socorro Rodríguez, entonces de tres años. Durante el viaje cumplió los cuatro y su madre temió que llagara a cumplir los cinco.

Don Salazar se alegró de la llegada de su hermana, porque ésta le cuidó mejor que las indias que hasta entonces le habían hecho la comida y arreglado la casa. Su sobrino le fastidiaba porque de continuo lo hallaba en los lugares en que ninguna falta hacía el chiquillo. Sin embargo, como el sofocante ambiente del Juzgado no contribuía al desarrollo de Manuel, sino que, por el contrario, lo estaba reduciendo en estatura y en volumen, dándole un desagradable aspecto de uva pasa, don Salazar decidió instalarse en Los Angeles, donde tenía fincas, casas, amigos y, sobre todo, muchos negocios.

La casona quedó cerrada, cedida al libre usufructo de los ratones, y don Salazar, su hermana y el hijo de ésta instaláronse en el pueblo de

Nuestra Señora de Los Angeles.

Allí Manuel del Socorro recuperó las grasas perdidas en San Juan de Río Negro. En todos los sentidos el ambiente de Los Angeles era más agradable que el de San Juan. Había niños con quienes jugar. En las casas señoriales, que abundaban bastante, se daban alegres fiestas donde uno podía atiborrarse de pasteles y caramelos mientras los mayores bailaban el fandango. Luego se podía aumentar la diversión formando cuadrillas de «españoles» y «piratas». Los dos bandos se perseguían de un lado a otro del salón, pasando entre los que danzaban, poniéndolos en peligro de caer hasta que el dueño de la casa les repartía unos puñados de monedas de plata y los hacía salir en busca de más golosinas de las que vendíanse en los puestos callejeros.

Manuel del Socorro Rodríguez debía recordar durante muchos años aquellos caramelos sobre los cuales era necesario soplar si no se quería correr el peligro de tragarse alguna de las infinitas moscas que llegaban allí procedentes de los más apartados rincones del mundo, a juzgar por su ilimitada variedad. Alguna, dado su color, amarillo intenso, debía de haber venido en uno de los juncos chinos que tocaban en San Pedro cargados de sedas para las mujeres de aquella patriarcal y rica tierra.

Manuel conoció entonces a los Echagüe. Tenía siete u ocho años cuando una tarde su tío le hizo vestir de acuerdo con su categoría social, diciéndole que iban a un bautizo. Manuel recordó siempre la indignación de su madre, que se negaba a ponerle el mejor traje, augurando, y no sin razón, como luego se vio, que después de un bautizo tan importante el traje ya no serviría para nada.

—¿Por qué es tan importante el bautizo, tío? —preguntó Manuel, cuando en la jardinera de su tío se dirigían al Rancho de San Antonio.

—Ha nacido el primer hijo de los Echagüe, el heredero de una gran hacienda y de un apellido famoso y glorioso —contestó don Salazar.

—¿Por qué es famoso, tío?

—Porque es antiguo. Se remonta a la Reconquista.

—¿De qué?

—Ya lo entenderás cuando te lo enseñen tus maestros. Don Salazar no tenía nada de pedagogo.

—¿Qué vas a hacer con *Pedro*, tío?

*Pedro* era un viejo caballo que ya no servía para nada.

—Lo matarán. Es demasiado viejo. No vale ni el grano que traga en un día.

—¿Y no es *Pedro* un antiguo como el señor Echagüe? ¿También lo matarán a él?

Manuel del Socorro no olvidó jamás la bofetada que le dio su tío y que le hizo llegar llorando a todo pulmón al Rancho de San Antonio. El polvo del camino extendido sobre su traje de terciopelo negro se mezcló con el raudal de lágrimas que fueron cayendo sobre él y con las cuales formó las primeras manchas.

En el rancho había muchos carruajes como el de don Salazar. Y muchos niños que ya habían entablado una feroz contienda. Manuel fue enviado a reunirse con ellos, y como lloraba tanto, el bando «español» lo despreció, cediéndolo a los «piratas ingleses», que por entonces estaban llevando la peor parte en la batalla. A los «piratas» no les gustaba aquel «refuerzo»; pero como andaban escasos de efectivos lo aceptaron con la esperanza de que, al menos, sirviera para asimilar algunos de los golpes que, de lo contrario, hubieran ido a dar en otro combatiente mejor.

El desprecio de los «españoles» hirió el orgullo de Manuel, quien no sólo recibió golpes, sino que devolvió unos cuantos, logrando, en lucha cuerpo a cuerpo, derribar a Luis, el hijo mayor de don Goyo Paz, que era el lugarteniente del general español. Luis Paz se defendió bien, en el suelo, y a mordiscos se llevó algunas partes importantes de las puntillas que adornaban el traje de terciopelo. Por fin, se impuso Manuel; pero los demás «piratas» no le secundaron, huyendo cobardemente. Esto hizo que los chiquillos del partido «español» pudieran salvar a su lugarteniente y apresar a Manuel del Socorro.

Este recordaba con todo detalle su proceso. Era un prisionero de guerra y tenía el derecho de ser tratado como prisionero; pero se le dijo que los «piratas» carecen de derecho y que, por lo tanto, debía ser ejecutado. Luis Paz solicitó para él la pena de muerte en la horca, los otros se opusieron, alegando que era una muerte muy dulce y muy rápida. Por eso se le condenó a la misma muerte que los piratas daban a sus prisioneros. Se trajo un tablón que se colocó a modo de palanca sobre un ancho abrevadero del ganado, en el patio. Manuel fue obligado a dar un corto paseo por aquella palanca. Con unos palos de

escoba, que eran lanzas, los «españoles» le empujaron al agua, para que se ahogase. Era lo menos que se debía hacer con un «sanguinario pirata».

Manuel se hundió en el abrevadero y no se ahogó porque el agua no le cubría lo suficiente.

Rosario, la esposa del capataz y mayordomo de los Echagüe, acudió en su ayuda, poniendo en vergonzosa fuga a los vencedores. Le sacó del abrevadero, y desde entonces Manuel la consideró su aliada, algo así como una dama pirata.

Manuel recordaba su traje de terciopelo puesto a secar al sol mientras él, envuelto en una manta de algodón, esperaba que entre el astro rey y luego las planchas que ya se calentaban en el hogar secaran el traje. Cuando se lo volvieron a poner le estaba tan estrecho que el niño tuvo la agradable impresión de haber crecido en media hora más que en un par de años.

Su tío, al verle reaparecer, hizo como si no le conociera, y Manuel fue a la iglesia de Nuestra Señora en el coche de los Paz. Don Goyo le regaló una moneda de oro y un cortaplumas y además le felicitó por lo bien que se había batido. Desde entonces el niño consideró también a don Goyo algo pirata.

Mientras bautizaban al primogénito de los Echagüe, los «piratas» y «españoles» reanudaron su lucha por entre los bancos de la iglesia, esta vez reforzados los «piratas» con unos cuantos voluntarios indios que se distinguían por su bestialidad. Una de las ventajas de ser «pirata» estribaba en que a un «pirata» se le permitía aliarse con los indios. Los «españoles» no podían hacerlo, y no por falta de ganas, pues los arrapiezos indígenas tiraban las piedras con la precisión y violencia de una pieza artillera, y en el cuerpo a cuerpo eran invencibles. Alguna vez se pensó en que los indios podían aliarse con los «españoles», y Luis Paz propuso hacerlo, diciendo que lo único de malo que hay en los indios es que son paganos, pero bautizándolos, todo quedaba arreglado. Los indios, a quienes también les hubiera gustado ser españoles, aseguraban haber sido bautizados en la Misión; pero la palabra de un indio no tenía valor. ¡Eran tan embusteros! Insistióse en el bautizo; pero el agua asustaba tanto a los indios que, de común acuerdo, prefirieron seguir siendo paganos. Con ello ganaron los «piratas», que, gracias a tales ayudas, consiguieron unas cuantas victorias, una de ellas en la iglesia de Nuestra Señora de Los Angeles el día del bautizo de César de Echagüe.

Años más tarde, cuando por la muerte de don Salazar, Manuel heredó su hacienda y pasó a ser un jovencito rico, que frecuentaba las casas y haciendas de Los Angeles, el pequeño César se convirtió en un buen amigo suyo.

—El día de tu bautizo los «piratas» ganamos una gran batalla —le decía muchas veces a César—Los «españoles» huían como conejos, y Luis Paz tropezó con tu padrino cuando te estaba sosteniendo sobre la pila para que te echaran el agua. Por poco te dan un baño, y estuviste a punto de necesitarlo, porque la madrina, al pretender agarrar a Luis, te dio con el cirio en el traje y le prendió fuego.

Manuel reía mucho recordando aquel incidente y luego su regreso a casa, con las ruinas del traje de terciopelo negro adornado con encaje de bolillos.

En cambio, a César de Echagüe no le gustaba que su bautizo se hubiese señalado con la derrota de los «españoles». Por ser hijo de quien era. Por tener un escudo en el cual se leía: DE VALOR SIEMPRE HIZO ALARDE LA CASA DE LOS ECHAGÜE. Por descender de reconquistadores y conquistadores, tenía derecho a militar en el partido «es pañol», que gracias a él cobró nueva vida. El partido «pirata», engrosado con los hijos de los inmigrantes ingleses y norteamericanos, había mantenido su preponderancia durante muchos años, y como los «españoles» eran cada vez menos y no valía la pena luchar con ellos, los «piratas» se dedicaron durante unos años a combatir a los indios utilizando medios que si no eran nobles resultaban, en cambio, muy eficaces.

Manuel seguía siendo, honoríficamente, un «pirata», aunque ya no luchaba a su lado. Él día en que enterraron a Luis Paz se dio una gran batalla entre «españoles» y «piratas». César había atraído a su banda a Fermín, un muchacho a quien sus padres, que veían en él grandes dotes religiosas, querían convertir en obispo y que andando el tiempo llegó a general del Ejército mejicano, demostrando con ello la clara visión de los autores de sus días. Entre los chiquillos, Fermín era conocido ya por «El Obispo», y como a un obispo no se le pueden tirar piedras, hasta los «piratas» le respetaban y nadie le quería en su bando. Años después, Fermín admitió que en aquel tiempo empezó a sentir deseos de ser general y no llegar a obispo. Pequeñas causas, grandes efectos. César le tomó a su servicio. «Serás nuestro misionero», le dijo. Bautizarás y convertirás a los indios, y así los podremos utilizar sin faltar a la Ley. Fermín bautizó por aspersión a veinticinco o veintiséis indios, escogidos por César entre los más sucios y belicosos de los alrededores. Aquel bautizo en seco fue del

agrado de los pieles rojas, que desde entonces se convirtieron, de acuerdo con las indicaciones de los reyes de España, en súbditos fidelísimos de la Corona.

Con semejante refuerzo, y llevando con él a los cuatro hermanos Lugones, que eran los mejores honderos de California, el día del entierro de Luis Paz, que en un tiempo había sido lugarteniente del rey de España, César de Echagüe derrotó en la plaza a los «piratas», que ya nunca más se repusieron de su humillante derrota.

La historia de California entró en un período de agitación. Primero, la Guerra de Tejas; luego, la invasión yanqui. Los chiquillos del partido «español», convertidos ya en adolescentes y en hombrecitos con un corazón que no les cabía en el pecho, formaron escuadrones de lanceros y, mandados por don Goyo, presentaron batalla a los invasores. Sufrieron algunas derrotas, tuvieron gloriosos triunfos, reconquistaron Los Angeles y, al fin, tuvieron que aceptar la derrota definitiva. Algunos murieron en la guerra. Otros, como Fermín, emigraron a Méjico. Los Lugones pelearon con su coronel, don Goyo Paz, y se hicieron famosos. Manuel del Socorro, acordándose de que era español y no pirata, y también de que don Goyo había sido bueno con él, alistóse como teniente.

Los recuerdos de aquella época eran más claros. Recordaba conversaciones completas. Y una de ellas con César de Echagüe, el heredero de los gloriosos Echagüe, que siempre hicieron alarde de valor.

—¿Y tú no te alistas, César?

—¿Para qué?

—Pues... para defender esta tierra contra los yanquis. Han izado su bandera en Monterrey. ¡Es un insulto!

—Pueden hacerlo. Les sobra fuerza. En la vida, Manolo, los fuertes insultan a los débiles.

—A veces los débiles resultan más fuertes que sus enemigos.

—En las novelas —sonrió César de Echagüe—. Sólo existe una novela donde el héroe, que es débil, resulta siempre el vencido: «El Quijote». Esa es real. Las otras son fantasías. En Monterrey tienen los yanquis más soldados que Méjico en toda California. Hay que pensar con la cabeza y no con los pies. Estos sólo sirven para correr.

—Por lo visto, piensas utilizar los tuyos para huir.

César se echó a reír.

—No pretendo huir. Ni moverme. Pienso permanecer quieto..., esperando.

—¿A qué?

—Siéntate a la puerta de tu casa y algún día verás pasar el cadáver de tu enemigo.

## CAPITULO VII

## NUEVA CALIFORNIA

—Su hijo, señor de Echagüe, opina que sentándonos a la puerta de nuestra casa acabaríamos viendo pasar el cadáver de nuestro enemigo —dijo Manuel del Socorro Rodríguez, paseando por el salón del Rancho de San Antonio.

César le observó irónicamente desde su butaca.

—Mi hijo tiene ideas muy suyas —replicó el señor de Echagüe—. Se está volviendo tan prudente que, si Dios no lo remedia, acabará muriendo en la cama, desaprovechando la oportunidad de hacerlo al frente de un regimiento.

—¡Papá! —exclamó César—. Manolo va a creer que estás deseando verme hecho un cadáver.

—Cuando todos se portan como hombres, no es grato que un hijo mío se porte como tú; pero ya hemos hablado y discutido excesivamente. Haz lo que quieras. Al fin y al cabo, estamos solos y no podemos vencer a nuestros enemigos.

—Podemos ofrecerles el espectáculo de cómo saben morir los de nuestra raza —dijo Manuel del Socorro.

—¿Y crees que eso les emocionará tanto que, después de aniquilar hasta el último californiano, los yanquis se retirarán avergonzados? —preguntó César.

Su padre le miró con mal contenida ira y acabó saliendo del salón, dejando frente a frente a los dos jóvenes.

—Tal vez eso les impresionaría más que el ver huir a los soldados mejicanos y californianos —replicó Manuel.

—Eres mayor que yo, Manuel, y a veces das la impresión de ser un niño. Óyeme. Cuando un enemigo está en igualdad de condiciones, se le puede atacar de frente, como un león a otro. Pero cuando el enemigo tiene más cañones, más fusiles, más pólvora y balas que nosotros y, sobre todo, tiene más soldados, hay que utilizar otros medios de lucha. He hablado con don Pío y le he indicado el plan a seguir. Se ha reído de mí y me ha felicitado por no formar parte del Ejército californiano.

—¿Qué plan es el tuyo?

—Lo preguntas riendo, dispuesto a burlarte. —César se echó a reír —. Es natural. ¿Qué opinión os merecen los yanquis?

—La peor...

—Ya lo sé. Estáis acostumbrados a que los yanquis sean buhoneros que nos vienen a ofrecer cepillos, agujas, peinetas, telas y toda clase de baratijas. A su jefe os lo imagináis vestido de general; pero cargado con un saco lleno de cosas que está deseando vender. No los tomáis en serio. Y os llevaréis una mala sorpresa cuando descubráis que aquellos buhoneros que recorrían nuestra tierra no sólo no representaban a todo su país, sino que incluso eran agentes o espías que trazaban los planes de esta invasión. Ellos utilizan la cabeza y saben que nosotros utilizaremos los pies.

—El corazón —rectificó Manuel.

—Es lo mismo.

Manuel del Socorro movió tristemente la cabeza.

—¿Qué te ha ocurrido para cambiar tanto?—preguntó—. Hace unos años todos decíamos que eras el mejor del árbol de los Echagüe...

—¡No hagas frases! Sigo siendo el mejor producto de esta familia; pero no lo digas a nadie. No te creerían.

—No pienso decir eso.

—Mejor. Pero ya que estás dispuesto a irte a la guerra, y has venido a enseñarnos tu sable y tus pistolas...

—Yo no he venido a eso —replicó Manuel, enrojeciendo, porque su amigo había acertado bastante en su juicio.

—A mí no me importa. Somos buenos amigos, Manolo. Siempre te he apreciado y, ahora, te sigo considerando mi amigo.

—Me honras demasiado.

—Gracias. —César de Echagüe sonrió—, Temí que rechazaras mi amistad. Partes a la guerra y temo que te hagas matar estúpidamente.

—Dar la vida por la patria no es morir estúpidamente.

—La patria necesita gente viva, no cadáveres.

—Siempre le quedarás tú. Puede que algún día California entera te convierta en su héroe representativo.

—No renuncio a semejante posibilidad —contestó César.

—¿Por qué no te alistas? Tú conseguiste resucitar a un partido que estaba derrotado. La guerra es un juego en el que toman parte los mayores. Un juego de niños crecidos.

—Donde se mata y se muere.

—Todos estamos destinados a morir. Si podemos hacerlo con honra...

—Pierdes el tiempo. Si yo hubiera visto en los que van a luchar contra los yanquis el deseo de conseguir victorias eficaces y no efectistas, me habría alistado. Pero, ¿qué estamos viendo? Incluso tú eres una muestra de la desorganización del Ejército de California. ¿Para qué necesitas ese sable, con el que tanto ruido armas? Estoy seguro de que en Monterrey te están oyendo cada vez que das un paso. Tíralo. Coge un cuchillo para pelear cuerpo a cuerpo con los yanquis. Ellos temen esa clase de armas. Tira también esa especie de uniforme lleno de bordados en oro. En cuanto salgas al sol relucirás como un espejo y te verán desde Washington.

—¿Quieres que me vista como un indio?

—Eso es. Ahora has hablado con sentido común. Si yo fuera el jefe, reclutaría a mis soldados entre los indios, entre los peones, y dejaría a

los hacendados en los pueblos para que relumbrasen. Al fin y al cabo, no sois más que estatuas bonitas. Yo os dejaría en vuestro pedestal y reclutaría la gente menos llamativa. Fuera uniformes. Un fusil para cuando fuera necesario. Un cuchillo y un arco y muchas flechas.

—¿Arcos y flechas en este siglo? —rió Manuel.

—Sí. Armas silenciosas. Con ellas, veinte indios bien guiados y manejados podrían acercarse a un campamento y coser a flechazos a treinta soldados sin que los demás se enterasen hasta el día siguiente. Un acoso continuo y una pérdida diaria de cinco o seis soldados les impresionaría más que perder cien hombres en un combate a campo descubierto.

—¿Piensas en la guerrilla clásica?

—Sí. Los yanquis tienen líneas de comunicación demasiado largas. Se pueden cortar en mil sitios. ¿Te imaginas a un león que tuviera una cola de doscientos metros? Le sería imposible atender a toda ella. Si tuvieras que luchar con un león así, ¿le atacarías de frente? ¿No sería mejor irle cortando pedazos de cola hasta desangrarlo?

—Eso es una tontería, César.

—Es el huevo de Colón.

—Una leyenda estúpida.

—Leyenda, sí; pero no estúpida. Lo que se debería hacer es dejar avanzar a los yanquis, recibirlos alegremente, y luego morderles la cola. En cuanto vieran que la cola les peligraba, caminarían más despacio y procurarían defender esa fastidiosa cola. ¡Pero sería tan larga, que no lo podrían hacer bien! Cada día veríanse forzados a emplear fuerzas de vanguardia en la defensa de su retaguardia.

—Y cuando tuvieran la retaguardia segura...

—Sería el momento de atacarles la vanguardia y derrotarlos.

—Les derrotaremos, César. Ya lo verás.

—No lo veré. El Ejército californiano hace frente a los invasores. Les presenta batalla y sufre derrota tras derrota, y va replegándose hacia el Sur, porque es un ejército organizado. Mejor dicho, pretende serlo. En cambio, una guerrilla formada por campesinos, indios y hacendados vestidos como unos y otros, no necesitaría replegarse

después de una derrota. Sin uniformes que le denunciaran, ese ejército se disolvería en un par de minutos y luego, en cuanto los vencedores hubieran pasado, volvería a organizarse detrás de ellos. ¡Si yo fuera el general en jefe, ya estaría pensando en lo que iba a exigir en materia de territorios a los Estados Unidos! Tenemos montañas donde replegarnos, donde rehacernos, donde preparar ataques y ganar victorias. En lugar de valernos de esa ventaja queremos hacer ver que somos capaces de organizar ejércitos y luchar contra los yanquis en igualdad de condiciones. No, Manuel, no. Yo no iré a dejarme matar sin ninguna esperanza de triunfo. Iría con vosotros si desecharais esa quincallería de que os cubrís y os organizaseis en escuadrones pequeños, para caer arrolladores, no sobre un regimiento, sino contra uno de esos grupitos exploradores que se envían a vigilar los flancos. Imagina la escena: Cinco soldados y un cabo se adelantan en busca de un manantial para que los soldados puedan acampar en un buen sitio. Sabemos lo que buscan y, por lo tanto, sabemos donde esperarles. Con lazos, con flechas o a tiros, sería fácil matar a los seis hombres. Se les podría quitar el armamento, porque lo cierto es que no tenemos fusiles ni municiones, y armar con ellos a seis indios o peones más. Así el Ejército de California iría creciendo y el invasor disminuiría diariamente.

—Prefiero la batalla noble...

—Para que ganen los otros, que también la prefieren. Yo he leído bastante, Manolo. Si yo supiera que llegan tres carros cargados de armas y protegidos por veinte soldados y que por otro camino llega un carro cargado de correspondencia para el Ejército y protegido por cuarenta jinetes...

—Atacarías el primero.

—No. El segundo. Aunque me costara más bajas. Los soldados están deseando recibir carta de su hogar, y al saber que toda la correspondencia ha sido destruida, los deprimiría más que una derrota. Atacad la cola y ya veréis como al fin los yanquis perderán la cabeza.

—Tienes algo de razón, César; pero no es necesario emplear tu sistema. Serán derrotados, porque nosotros somos más valientes que ellos.

—Tal vez lo seamos; pero hemos perdido mucho tiempo templando nuestras guitarras, mientras ellos templaban sus aceros. ¿Crees que no han tenido en cuenta nuestro valor?

—Creo que no.

—Pues yo opino que sí. De no haberlo tenido en cuenta hubieran emprendido la guerra hace doce años, cuando lo de Tejas. Era un buen momento; pero se conformaron con ayudar a los tejanos sin comprometerse. No eran bastante fuertes. ¿Te imaginas que han dejado pasar en balde esos once o doce años? No. Se han preparado porque necesitan California, Tejas, Nuevo Méjico y algo más.

Manuel del Socorro Rodríguez decidió dar por terminada aquella discusión.

—Estás tratando de justificar una actitud que no tiene más que una explicación.

—Quieres decir que mi actitud sólo tiene un nombre, ¿verdad? —preguntó César de Echagüe.

Manuel se encogió de hombros.

—Tiene varios nombres —dijo.

—Por ejemplo: Cobardía, miedo, irresolución, timidez y varios más que significan lo mismo.

—Si tú lo dices. Pero que te conste que yo no hablaría así de no ser por tu actitud despectiva hacia los que vamos a cumplir con nuestro deber.

—Si no te apreciase tanto, no te hubiera hablado como lo he hecho, Manolo. Me apena pensar que puedas morir inútilmente... Quédate aquí. Ya verás como encuentras medios sobrados para defender a tu California.

—¿Mi California? —Manuel sonrió—. No he nacido en ella; pero quizá, y sin quizá, la considero más mía que tú. Y eso que has nacido aquí.

—No te fijes en ese detalle —sonrió César, que ya no abandonaba su tono burlón—. Se quiere mucho a la madre; pero nunca se la quiere tanto como a la propia mujer. Por lo menos, eso dicen y eso he observado. Quizá se deba a que el hombre no elige a sus padres y, en cambio, escoge a su mujer. Tú has elegido a California. Yo he nacido en ella. A veces no sé si alegrarme o romper a llorar.

—¿Y no te hace reír que un español quiera luchar por California?

—Puesto que lo dices, te contestaré que sí. Me hace reír un poco.

César se había levantado y tendía la mano a su amigo, deseando:

—¡Que tengas mucha...!

—Gracias —interrumpió con un ademán Rodríguez.

—¿Qué te ocurre? —preguntó César, arqueando una ceja.

—Que me dan ganas de abofetearte y no lo hago, porque eres un chiquillo todavía. Impertinente como los críos mal educados.

César se acercó a su amigo.

—¡Bah! —sonrió—. No hemos de reñir por una simple diferencia de opinión. Al fin y al cabo, yo siento como tú; pero reflexiono y me doy cuenta de cosas que tú no ves, porque no quieres verlas. Los yanquis se han metido hasta California porque saben cómo trataréis de hacerles frente. Y saben que así os vencerán.

—Y tú no quieres ser vencido. ¡Tan joven y tan prudente!

—¿Confías en la victoria?

—Claro. Sé que venceremos o que moriré en la lucha.

—¿Tienes mil pesos?

Manuel del Socorro asintió.

—Los tengo. ¿Para qué?

—Para apostarlos a que seréis derrotados y... tú no morirás en la lucha, sino que vivirás muchos años después de que esta tierra pase a ser norteamericana.

La mano derecha de Manuel del Socorro descargó contra el rostro de César; pero éste, que presintió lo que iba a ocurrir, levantó la izquierda y la bofetada quedó en el aire. Los dos amigos se miraron. César dejó de ser, durante unos segundos, el joven prematuramente escéptico. Le llameaban los ojos y no podía disimular su irritación. Por su parte, Manuel tampoco disimulaba su ira. Fue César el primero en recobrar la serenidad.

—No te preocupes —dijo con una ligera sonrisa—.Si lo que deseabas era pegarme, considera que lo has hecho. Me doy por

abofeteado.

—Estoy a tu disposición a cualquier hora y en cualquier sitio, César. Escoge las armas. Si quieres esta misma noche...

—Gracias, no salgo de noche. Pero ya que me ofreces una satisfacción, dime si aceptas la apuesta, o si es que tienes miedo de perderla,

—¿Cómo la cobraré si muero?

—Plantaré mil pesos de flores en tu sepultura.

—Da por perdidos los mil pesos. Hasta la vuelta... o hasta el otro mundo.

—Hasta que regreses.

Manuel salió del Rancho de San Antonio sin despedirse del dueño ni de Beatriz de Echagüe, que aguardaba en el vestíbulo para admirar su improvisado uniforme.

—¿Qué le ha ocurrido, César? —preguntó su hermana, entrando en el salón—. ¿Adonde va tan de prisa?

—Tiene miedo de que no le dejen ni un yanqui y de que la guerra se acabe antes de que él pueda ganarla.

—¿La ganará? —preguntó la niña.

—Creo que no, aunque estoy seguro de que hará cuanto sepa a fin de no perderla. Pide a la Virgen de Guadalupe que ningún soldado yanqui se encapriche de él y lo derribe de un buen tiro.

—La señora Partás ha pedido a todas las damas y señoritas que por las tardes vayamos a la iglesia a rezar por nuestros soldados. Yo iré. Le pediré que les haga triunfar. ¿Venceremos?

Beatriz miraba ansiosa a su hermano, como si de la opinión de éste dependiera el triunfo o la derrota.

—No sé —contestó César—; pero te digo con entera franqueza que pongo más fe en vuestras oraciones que en la capacidad bélica de esos locos.

—¿Por qué están locos ellos y no tú? —preguntó Beatriz—. Hay quien dice que tú lo estás bastante.

César bostezó.

—No te han engañado. Sólo un demente como yo perdería la hora de la siesta hablando con un potro desbocado y con una chiquilla preguntona.

—¡No soy ninguna chiquilla! ¡Estúpido!

—Usted perdone, señorita de Echagüe. Olvidaba que ya se ven rondadores en torno a las tapias del rancho. ¿Se decidió por alguno? Le recomiendo Blas de Cañadulce. Siempre regala caramelos buenos.

—¡Idiota! —gritó Beatriz—. ¿Por qué no te marchas a la guerra?

—Para no darte la razón —bostezó de nuevo César.

—¿Qué clase de razón?

—Es que no quiero que me llames idiota y que tengas razón. Adiós. Voy a dormir como un poste y a soñar con una fantasía.

—¿Cuál?

—Que nuestro Ejército californiano vence a los yanquis y llega hasta Washington y se trae hacia aquí la Casa Blanca y el Capitolio.

—Ganará, aunque no traiga todo eso que tú dices y que no sé lo que es.

—Ahora te ha llegado el turno de soñar, Beatriz. Buenas tardes, hermanita. ¡Cuidado con los sueños!

## CAPITULO VIII

## DESPUÉS DE LA TORMENTA

Manuel del Socorro levantó la cabeza al oír las pisadas de los caballos. Ahora vivía en San Juan de Río Negro, en la casa que fue de su tío. Estaba sentado en el escalón que daba acceso a la puerta principal. Desde allí, por entre los arcos del porche, vio a los jinetes que estaban cruzando el enlosado de la calle.

Soldados de uniforme azul, gorras de plato con viseras de charol,

chaquetillas cortas, ceñidas a la cintura, un largo sable y una carabina enfundada y pendiente de la silla de montar.

Casi cuatro años desde el final de la guerra y no podía acostumbrarse a la presencia de los extranjeros. ¡Malditos usurpadores de la tierra californiana!

Isaías Barclay, en camino hacia el «Póker de Calaveras», una de las nuevas tabernas de Rio Negro, como ahora ya se llamaba el pueblo, se detuvo junto a Manuel.

—¿Le molestan esos representantes de la Unión?

—Siga su camino, Barclay —contestó el joven—. No me gusta hablar con tahúres. Barclay se echó a reír.

—En estos tiempos y en California, recibiendo cada semana un promedió de mil a mil quinientos emigrantes en busca de minas de oro, no se puede ser tan exigente en cuestión de relaciones sociales. ¿Por qué no me cuenta lo que le ocurre?

—A nadie le importa lo que a mí me suceda o deje de sucederme.

—Le importa a usted —contestó Barclay—.Acompáñeme. El «Calaveras» está desierto a estas horas.

—No me moleste. Márchese. Se lo repito.

—¿Por qué se deja dominar por el mal humor? Debe reaccionar. Todos los países pierden guerras, y, la verdad, creo que California saldrá beneficiada por su ingreso en la Unión. Unida a Méjico no hubiera sido nada. Estoy seguro de que aún no se habría encontrado oro.

—Pero yo tendría mis tierras —replicó Manuel—. Me lo han robado todo.

—¿No ve como está necesitando un trago? Vamos al «Póker de Calaveras».

—No bebo cuando no puedo pagar mis vicios —contestó Manuel.

—¿Eh? —Barclay miró curiosamente al joven—. Pero... Según me parece, usted cobró ayer mil dólares y pico. Mil cien, ¿no?

—Justos —contestó Manuel—. Mi tío me nombró heredero de fincas valoradas entonces en cuatrocientos mil pesos, o sea dólares.

Llegaron los yanquis, revisaron los títulos de propiedad, tuvieron en cuenta mi actuación contra ellos, durante la guerra y, por fin, el general Clarke me anunció que la mayoría de los títulos de propiedad no estaban debidamente registrados y que, por lo tanto, la casi totalidad de mis tierras no eran mías, sino de un tal Lukas Starr, que a su debido tiempo registró los títulos.

Barclay consiguió arrastrar a Manuel hacia la taberna.

—Pudo usted recurrir al señor Greene, delegado del Gobierno Federal. Ha ayudado a otros.

—No pido favores a ningún yanqui —gruñó Manuel.

Al darse cuenta de que Barclay le estaba llevando del brazo se soltó violentamente.

—¡Ni acepto convites de nadie! —gritó.

—Usted puede pagar su licor —dijo Barclay—. Tiene dinero.

—No tengo ni un centavo. Nada tengo y nada debo.

—¿Ha sido capaz de emplear aquel dinero en pagar alguna deuda? —preguntó el jugador.

—No le importa.

—¿Es posible que no se dé cuenta de que trato de ser su amigo?

—Aún me queda una casa. ¿Es por eso que trata de ser amigo mío?

Barclay se echó a reír.

—¡Qué desconfiado! Su casa goza de tan mala fama, que nadie la codicia y nadie daría por ella ni cien dólares. Lo único bueno es la cubierta de plomo. Se podrían fundir unos miles de balas si usted se decidiera a vender la cubierta a peso de metal.

Habían llegado al «Póker de Calaveras», cuya tétrica muestra representaba cuatro naipes negros en los cuales los palos habían sido reemplazados por calaveras que sostenían corazones, tréboles, diamantes y picas.

—¿Qué hizo usted de los mil dólares? —preguntó Barclay, indicando, al mismo tiempo, con un movimiento de cabeza al tabernero que les sirviese *whisky*.

—Pagué una deuda. Un amigo mío apostó mil pesos a que yo no ganaría la guerra y, además, regresaría vivo a mi casa. Y ya ve. No gané ni morí.

Martha, la hija del propietario del «Póker de Calaveras», acercóse para servir a los dos hombres, colocando ante ellos dos vasitos, que llenó hasta el borde. Luego dejó la botella entre los vasos y al marcharse devolvió la sonrisa que Manuel le había dirigido.

—¿Y pagó esa apuesta? —preguntó Barclay.

—Sí. Yo soy esclavo de mi palabra. Dije que regresaría muerto o vencedor, y ni una cosa ni otra. He pagado mi deuda y los intereses atrasados.

Barclay miró de reojo a Martha. Esta movió afirmativamente la cabeza.

—Con su permiso, señor Rodríguez, iré a dar unas órdenes. Vuelvo en seguida.

Bebió de un trago el licor y dejó sobre la mesa dos dólares. Martha se acercó a cobrar y a retirar el vaso.

—¿No bebe, señor Rodríguez? —preguntó, golpeando con la yema del dedo el vaso del joven.

—No bebo cuando no puedo pagar. Eche el *whisky* dentro de la botella.

Martha hizo sonar los dólares que Barclay dejara en el mostrador.

—Está pagado con creces —dijo.

—No es mi dinero.

—Pues acéptelo como un obsequio mío. No me gusta verle tan triste y preocupado. Antes de vender sus tierras estaba más alegre.

—Es que me imaginaba que me darían por ellas la mitad o la cuarta parte de lo que valían. Nunca pensé que me diesen la centésima parte.

—La gente no tiene dinero. Sólo unos cuantos pueden gastarlo y aprovechar las circunstancias para comprar a bajo precio. Me hubiera gustado hacer algo en su favor, Manuel.

Este sonrió.

—Ya lo hace prestándome un poco de atención. ¡Parece mentira! Hubo un tiempo en que este pueblo era nuestro en sus tres cuartas partes. De mi tío. Antes de marchar a Los Angeles lo vendió todo, menos la casa. Nunca he sabido qué hizo con el dinero que recibió por la venta. En sus documentos no se dice nada. Es probable que lo gastara tontamente.

—Beba, señor Rodríguez. A lo mejor un día encuentra una fortuna enterrada en el patio de su casa. Dicen que los viejos tenían la costumbre de esconder su dinero dentro de una olla que enterraban. Quizá su tío era de los que hacen esas cosas.

—Ya lo he buscado y no encontré el menor rastro. Debió de gastarlo en algún mal negocio.

—Mi padre se interesa por su casa. Dice que le recuerda otra casa en la que vivió en Bretaña, en Francia. Nuestra familia procede de allí.

—¿Es usted francesa?

—De sangre; pero no de nacimiento. Soy americana.

—El lugar del nacimiento carece de importancia. Usted no es americana. Me gusta más que no lo sea.

—¿Por qué los odia tanto? —preguntó Martha.

Estaba apoyada en el mostrador, muy inclinada hacia Manuel, que notaba el débil pero inconfundible perfume que exhalaba el cuerpo de la joven. Era un aroma a plantas silvestres, a carne limpia y agua de colonia. Del negro cabello de Martha ascendía hasta el hombre un hálito caliente, como si cada hebra fuese un cuerpo vivo.

—¡Es usted muy hermosa, Martha!

Esta miró a Manuel sin levantar la cabeza.

—¿Se burla de mí?

—¡Por Dios! Yo no puedo ni deseo burlarme de usted.

—Pero nunca me invita a salir a pasear. Usted conoce estas tierras y yo, en cambio, no sé nada. Todo me parece igual. Me asusta perderme.

—Cuando quiera la acompañaré.

—¿No se enfadará su novia?

El recuerdo de Consola (Consolación Vázquez) le hizo vacilar antes de responder:

—No tengo novia.

—Pues me dijeron que iba con una señorita muy linda.

—Es una amiga de la infancia. Nada más,

—Aunque fuese algo más, yo no tendría nada que objetar. Sólo soy su amiga.

—Mi mejor amiga. Y si usted quisiera...

—¿Yo? —Martha lanzó una triste risa—. ¿De veras cree que depende de mi voluntad el que...?

—¿Qué?

—Nada. Usted no ha dicho nada; pero yo creí que iba a decir algo y me precipité. Perdóneme, Manuel.

—Yo quería decir que si usted quisiera podríamos ser felices. Es usted muy hermosa. Si yo tuviera dinero... Cuando creí que me iban a dar más por las tierras sólo me alegraba el pensar que podría ofrecerle algo que no fueran unas manos vacías.

—¿Quiere que paseemos mañana por la tarde? —preguntó Martha —. Así me podrá explicar lo que siente, lo que sufre y lo que anhela.

—La vendré a buscar...

—No. Mi padre se porta, a veces, un poco bruscamente. Es mejor que me espere cerca del río. ¿Conoce la Piedra Negra?

—Claro...

—Pues allí a las siete de la tarde.

—¿A las siete? Pero... será casi de noche.

Martha asintió con la cabeza.

—Sí... Ya lo sé... Casi de... noche.

Se alejó despacio, volviendo la cabeza para no apartar la vista de Manuel del Socorro Rodríguez.

Este salió del «Póker de Calaveras» sin esperar a Barclay. El jugador reapareció en el salón de la taberna a los pocos momentos de haberse marchado Manuel.

—¿Qué? —preguntó a Martha.

—Ha dicho que sí. Mañana por la tarde me espera junto al río.

—Pues entonces mañana hay que hacerlo. Tu... padre ha recibido veinte mil dólares, y para mañana por la mañana a primera hora espera recibir una remesa de oro valorada en doscientos cuarenta mil. Ese oro tiene que salir pasado mañana.

—¿Por qué no mañana? —preguntó Martha.

—Temen que el «Coyote» haga de las suyas. Se le ha visto por los alrededores y nadie está tranquilo.

—¿Nadie? —preguntó Martha.

—Yo, sí —contestó Barclay—. No tengo nada que ver con ese fantasmón, aunque el día en que le ahorquen procuraré no perder el espectáculo. Será digno de verse.

—Aún no le han cogido —recordó Martha—. Dan diez mil dólares por su cabeza y ya se dice que van a aumentar al doble ese premio. Debe de ser un hombre magnífico.

—Estoy seguro de que olerá a ajo y se limpiará los dientes con un cortaplumas.

—No digas eso. Las que lo han visto dicen que es encantador... Muy correcto con las mujeres. Riendo, Martha siguió:

—Incluso alguna se ha quejado de que es demasiado correcto. No abusa de sus ventajas.

—El «Coyote» no te daría las ventajas que yo te ofreceré mañana.

—A pesar de eso, me gustaría conocerle —dijo Martha—. ¿Crees que se enamoraría de mí?

—Eres tan bonita que no tendría nada de extraño. Y ahora procura evitar que Pierre sospeche nuestros planes.

—No seas tonto. ¿Piensas, acaso, que le voy a prevenir de lo que le hemos preparado? ¡Le odio con toda mi alma!

—Disimula tu odio. Porque si llegasen a investigar en el pasado de Pierre Ladoux...

—Seguiré siendo su querida y amorosa hija.

Un griterío que iba creciendo en intensidad a medida que se acercaba al «Póker de Calaveras» hizo salir a Barclay en pos de averiguar qué ocurría.

—¡Es la diligencia! —anunció a Martha, que también salía, imitando a todas las mujeres que vivían en la misma calle.

La diligencia de Los Angeles había salido dos horas y media antes y no debía regresar hasta el día siguiente con el correo y los pasajeros de Los Angeles. Su precipitado retorno indicaba que algo anormal había ocurrido.

El mayoral guiaba los seis caballos como si aquélla fuera su única preocupación. Su ayudante llevaba el brazo derecho en cabestrillo, descansando en un gran pañuelo de hierbas anudado al cuello. Uno de los tres viajeros que habían salido de Río Negro iba incómodamente sentado en la parte superior del coche, despreciando el más cómodo interior.

¿A qué podía deberse que un viajero prefiriera viajar en lo alto del coche en vez de hacerlo en el interior?

Apenas se detuvo la diligencia, los curiosos se abalanzaron hacia las portezuelas, para enterarse del motivo del regreso. Mientras unos preguntaban al mayoral, los otros abrieron las portezuelas y lanzaron un unánime grito de espanto al ver que se les venían encima dos cadáveres cubiertos de sangre.

Los dos cuerpos cayeron al suelo y se vio que los dos tenían destrozada la oreja izquierda.

—¿Ha sido el «Coyote»? —preguntó uno.

—Sí —respondió el mayoral—. Yo advertí a todos que no se movieran. Se lo advertí en cuanto vi que el «Coyote» se nos venía encima como un alud. El caballero —indicó el viajero que iba tras él— fue el único en portarse con sentido común. Los otros quisieron defender su botín y el «Coyote» les marcó primero y luego les volvió la

espalda. Ellos creyeron que le iban a coger desprevenido y antes de que se dieran cuenta de lo que ocurría estaban atiborrados de plomo.

Los muertos eran dos comerciantes especializados en la adquisición de fincas no debidamente registradas. Habían trabajado en la región de San Juan de Río Negro, y comprando a bajo precio, pera vender luego a precios altos, hicieron mucho dinero.

Barclay los conocía y estaba enterado de sus especulaciones y de algunas de sus costumbres.

—El de la izquierda solía llevar un cinturón lleno de oro —dijo—. Seguramente no se lo quitaron.

—Se equivoca, señor Barclay —dijo el conductor—. Yo en persona se lo saqué por orden del «Coyote». También él conocía esa costumbre.

Pierre Ladoux había salido a enterarse de la suerte de un envío que había realizado por medio de la diligencia.

—También se lo llevó el «Coyote» —explicó, el mayoral—. Lo lamento. Cualquiera hubiese dicho que conocía el sitio exacto en que se guardaba cada cosa. ¡Qué hombre!

—Por suerte la «Wells y Fargo» responde de todo lo enviado —se consoló Pierre—. Tendrán que aceptar mi declaración de que el paquete contenía veinticinco mil dólares, pues no lo declaré.

—El hecho de que se lo llevara el «Coyote» indica que era un objeto de valor —observó Barclay.

—Sí —refunfuñó Ladoux—. De mucho valor.

Al ver a Martha le ordenó, imperativo:

—Métete en casa. Aquí no se te ha perdido nada.

Y a los demás:

—A ver si despejan un poco el panorama. Y usted, cochero, llévese el carro y esos muertos. ¿No ve que están estorbando?

El cochero, ayudado por varios espectadores, metió otra vez los cadáveres en la diligencia y tomó el camino de la cochera donde se guardaban los carruajes.

## CAPITULO IX

## UN REGALO DEL «COYOTE»

Manuel del Socorro volvió tarde a su casa. Gastó su último dinero cenando en una taberna y luego esperó a que la noche refrescara el ambiente. Su casa aún sería un horno durante algún tiempo y no tenía prisa en regresar a ella. Lo hizo a las once, y antes de ir a su hogar se detuvo en la agencia «Wells y Fargo» para saber qué suerte había corrido su envío a Los Angeles.

—No lo sabemos aún; pero habiendo declarado usted el valor de su envío, tenga la seguridad de que no perderá nada.

Más tranquilo fue a su casa, y apenas entró en ella tuvo la impresión de no hallarse solo, presintiendo otra presencia humana, aunque sin poder localizarla en un lugar determinado.

Era como si una inmensa personalidad invadiera el «Juzgado».

Pero esta impresión no era nueva para Manuel. Una de las peculiaridades del «Juzgado», o sea la casa levantada por don Salazar, era la constante impresión de vida oculta. ¿Ratones? Quizá. Tal vez fantasmas, aunque el edificio era demasiado nuevo para que resultase lógica la presencia de almas en pena paseando por sus corredores y buhardillas.

Manuel se encaminó a su dormitorio, y al pasar por delante de la habitación que utilizaba como biblioteca captó un rayo de luz que se filtraba por debajo de la puerta. El sobresalto ante aquella prueba de presencia humana ajena a su casa le hizo dar un paso atrás, en busca de un arma.

Al dar otro paso hacia atrás y tropezar con el cañón de un revólver, Manuel comprendió la jugada de su contrario. Este debió de prever todas sus reacciones y en vez de aguardarle dentro de la habitación le esperó oculto en la habitación fronteriza a la que estaba iluminada.

—Entre ahí —dijo una apagada voz—. Tenemos que hablar.

Manuel sintióse empujado hacia el saloncito biblioteca. Oía tras él los pasos de su adversario y el tintineo de sus espuelas.

—¿Qué quiere de mí? —preguntó—. ¿Quién es?

Las espuelas tintinearon al retroceder dos pasos el hombre, que luego ordenó:

—Vuélvase hacia mí.

Obedeció Manuel, exclamando:

—¡El «Coyote»! ¿Qué quiere de mí?

—Aquí tiene su dinero —contestó el enmascarado, tirando sobre una mesa unos documentos y fajos de billetes de banco—. Ahí está lo que enviaba a don César de Echagüe. Guárdelo. Se lo pagué yo hace tiempo.

—Entonces, se lo debo a usted...

—No. A mí nadie me debe nunca nada. No tolero deudas. Me gusta saldarlas todas.

El «Coyote» conservaba en la mano su revólver y seguía encañonando con él a Manuel del Socorro.

—Le traigo algo más —siguió—. Aquí tiene el verdadero valor de las tierras que vendió usted a aquella gentuza. Sus fincas estaban valoradas en treinta y dos mil pesos. Aquí los tiene.

—¿Mató usted a los agentes de fincas para devolverme mis pérdidas?

—Los maté porque lo merecían y alguien tenía que hacerlo. Emplee bien su dinero y cásese con la señorita Consolación Vázquez.

—Yo quiero pagar a don César mi deuda.

—Si insiste en ello, la pagará la agencia «Wells y Fargo», que aseguró su envío monetario; pero si intenta enviar ese dinero a don César, yo me encargaré de que le sea devuelto. Y nada más. Evite hacer sufrir a Consola. Ella se ha enterado de que visita usted una taberna y sufre. Con el dinero que dejo en sus manos puede solucionar sus problemas.

—¿Por qué me ayuda?

—Admiro a los que saben abrazar una causa perdida y la defienden hasta última hora, Rodríguez. Lo que hizo usted en la guerra fue magnífico. Por menos se han concedido cruces y medallas. Adiós. Me alegro de poderle ayudar.

Pero el «Coyote» no había ayudado a Manuel del Socorro. Por el contrario, por un caprichoso azar del Destino, su ayuda resultaría fatal al joven.

Y no sólo para él, sino para muchos que estaban lejos de suponer el cúmulo de complicaciones a que daría lugar el hecho de que el «Coyote» hubiera querido hacer una de sus características e implacables justicias.

FIN

[1] Véase Las servidores del Círculo Verde, de esta misma colección.